

Jacob Grimm

SOBRE EL ORIGEN DE LA LENGUA

Comentarios, notas y traducción de Juan Antonio Ennis



EDUNTREF

EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE TRES DE FEBRERO

El origen de la lengua y los comienzos de la lingüística: una pregunta del siglo

Juan Antonio Ennis*

1

El viejo y sencillo título de archivero me hubiera bastado para toda la vida.

Jacob Grimm, "Autobiografía".¹

La circunstancia que explica la breve frase del epígrafe es decisiva en el desarrollo del relato autobiográfico en el que se encuentra; al mismo tiempo, podría pensarse en ella como un detalle banal u ordinario, en cuanto contiene la justificación que uno de los intelectuales de más larga

* Doctor en Filología Románica por la Martin-Luther-Universität Halle-Wittenberg. Es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Centro de Estudios de Teoría y Crítica del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-CONICET/UNLP) y, desde 2012, profesor adjunto de Filología Hispánica en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Ha trabajado en las áreas de Lingüística Románica en la MLU Halle-Wittenberg y de Literatura Española en la Unidad Académica Río Gallegos de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral. Ha sido Profesor visitante en la Universidad de Friburgo, Alemania (2008), y *External Senior Fellow* en el Freiburg Institute for Advanced Studies (FRIAS) (2009/2010). Es autor de *Decir la lengua. Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837* (Frankfurt y otros, Peter Lang, 2008) y *Lo criollo en cuestión. Filología e historia*, en coautoría con Stefan Pfänder (Buenos Aires, Kariatay, 2013) y traductor-editor de *El patrimonio lingüístico extranjero en el español del Río de la Plata*, de Rudolf Grossmann (Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2008), así como de numerosos artículos en publicaciones especializadas.

¹ Grimm, Jacob, "Selbstbiographie", en *Kleinere Schriften*, t. I, *Reden und Abhandlungen*, Berlin, Dümmler, 1864. En todos los casos en que no se cita versión castellana editada, las traducciones son de mi responsabilidad (J.A.E.).

memoria en el siglo XIX alemán ofrece para el abandono de su tierra natal, Hessen, para aceptar la cátedra con cuya oferta lo honraba la prestigiosa Universidad de Göttingen, en el reino de Hannover. Jacob Grimm, ya entonces un filólogo reconocido que con sus aportes decisivos había sabido revolucionar el estudio de la lengua, la literatura y la cultura germánicas —y, más allá de sus fronteras específicas, las ciencias del lenguaje en general, así como los modos de relacionarse la cultura letrada con la tradición popular—, no había accedido aún a ocupar una cátedra universitaria, justamente debido a la exposición que esta suponía, además de que —en este caso como en el de la convocatoria desde Bonn que rechazara ya en 1816— la aceptación de un cargo así lo habría obligado a emprender la marcha hacia otro territorio. Lo que hubiera deseado para sí, recuerda aquí, era la oferta de un trabajo acorde a sus méritos y condiciones, en una instancia en la que las circunstancias internas de la casa nobiliaria de Hessen y su biblioteca, museo y archivo en Kassel, donde Jacob y Wilhelm Grimm trabajaban, habían terminado bloqueando toda posibilidad de mejorar los ingresos y situación de ambos. El simple título de archivero, por otra parte, puede hacernos pensar hoy en la figura del arconte o guardián del archivo como la persigue Derrida en *Mal de archivo*, y como a todas luces supo ilustrarla Jacob Grimm con su quehacer: el lugar del poder de consignación e interpretación de una *arkhé*, una memoria del origen y lo originario, desde donde preservar un archivo para la nación alemana que se constituiría, al mismo tiempo y en más de un aspecto, en proyección global de un modo de ser para la lengua misma, así como también para los relatos tradicionales. El de un sencillo *archivarius*, custodio de un archivo como el de Kassel, dirá, con la doble ventaja de su riqueza y las escasas visitas que recibía, era —aunque visiblemente más humilde para la sociedad que el prestigio del *Professor*— el lugar que hubiera querido, porque ya lo había ganado y

porque le hubiera permitido seguir desarrollando su tarea, como buen arconte, sin moverse de su casa.

La autobiografía de Jacob Grimm da acabada cuenta de la austeridad de su procedencia y sus ambiciones, así como de su fondo cultural e ideológico.

Nosotros, los hermanos, sin que se hablara mucho de ello, sino a través de la acción y el ejemplo, recibimos la educación reformista más estricta; los luteranos que vivían en las pequeñas ciudades rurales entre medio de nosotros, si bien en número reducido, se me aparecían como personas extrañas, con las cuales no me era dado tener un trato confiado, y de los católicos, que pasaban por allí provenientes de Salmünster, a una hora de camino, y que eran reconocibles ya en su vestimenta colorida, me hacía ideas extrañas y temerosas.²

Más adelante, al mencionar sus primeras impresiones en el comienzo de sus estudios universitarios (siguiendo el mandato paterno, en la carrera de leyes), introdujo la figura de su maestro Karl von Savigny, quien acababa de publicar *Das Recht des Besitzes*³ [*El derecho de la propiedad*] y cuyas clases Grimm visitó fascinado en 1803, para acompañarlo más tarde, en calidad de ayudante, a París. Al cumplirse 50 años de su obtención del doctorado, el discípulo pronunció en Berlín un discurso en homenaje al propio Savigny —a quien había dedicado, además, su *Deutsche Grammatik*, en 1819— bajo el título de “Das Wort des Besitzes” [“La palabra de la propiedad”]. Allí, tras recordar su extendida amistad desde los años de juventud, y mencionando agradecido su mediación para que fuera convocado a Berlín luego de su expulsión de Göttingen, completaba:

² *Ibid.*, pp. 1-2.

³ Von Savigny, Ludwig Karl, *Das Recht des Besitzes*, Giessen, Heyer, 1803.

Ahora uno de nosotros dos deberá aquí, ya que solo cinco años nos separan en edad, acompañar al otro con tristeza a la tumba. Veloz ha corrido nuestra vida en esa dirección, hemos empleado nuestras fuerzas honorablemente, de manera tal que entre los hombres que vengan tras nosotros nuestro recuerdo no se borrará, y quizás pueda acrecentarse luego.⁴

La lección inaugural de Grimm en Göttingen, el 13 de noviembre de 1830, pronunciada en latín, tiene como tema justamente la nostalgia: *De desiderio patriae*. Y, como aclara en carta a Karl Lachmann pocos días después: “con el *desiderium patriae* me refería secretamente a Hessen, aunque se trató sobre todo de Alemania y de la lengua alemana”.⁵ En 1816, al prologar junto con Wilhelm sus *Deutsche Sagen*, la colección de leyendas alemanas que, como explicaba el prólogo, funcionaba de manera complementaria a los ya célebres *Cuentos para la infancia y el hogar*, señaló cómo, más escasamente conservadas en la memoria popular frente a la omnipresencia del *Märchen*, las leyendas “equivalen a los dialectos de la lengua, en los que una y otra vez han quedado prendidas palabras e imágenes singulares de tiempos primitivos, mientras los cuentos, por así decirlo, nos trasladan una pieza completa de poesía antigua en un tirón”.⁶ El dialecto popular cobra valor en cuanto guarda una pieza que remite a algo más, al pasado de la comunidad que se intenta consolidar con su relato, permite restablecer el hilo de la historia en su supervivencia al embate de la modernidad.

⁴ Grimm, Jacob, “Das Wort des Besitzes”, en *Kleinere Schriften*, t. 1, p. 114.

⁵ Citado en Stroh, Friedrich, *Handbuch der germanischen Philologie*, Berlin, De Gruyter, 1952, p. 63.

⁶ Grimm, Jacob y Wilhelm, *Deutsche Sagen*, Berlin, Nikolaische Buchhandlung, 1816, p. vi.

Se trata así de la voz popular en el relato como archivo de la lengua, la lengua como archivo de la nación. Maurice Olender recuerda la tesis con la que J. D. Michaelis obtuvo en 1759 el premio de la Academia Real de Ciencias y Letras de Prusia, *De l'influence des opinions sur le langage, et du langage sur les opinions*, donde afirmaba:

El lenguaje es [...] una especie de archivo en que los descubrimientos humanos están al abrigo de los más enojosos accidentes; archivo que las llamas serían incapaces de destruir, y que solo podría desaparecer en la ruina total de la nación.⁷

En el ensayo que aquí presentamos, Jacob Grimm podrá decir, en el mismo lugar, que la lengua “es nuestra historia, es nuestra herencia” —y sobre esto volveremos más de una vez—. El *archivarius* —como también se verá más adelante— no pretendía más que trabajar en ese inaparente servicio a la nación, en la gestión de ese legado. Aunque, como cualquier trabajador, pretendía también una remuneración justa. Porque de lo que se habla en esa página citada al inicio es, también, de dinero contante y sonante: de la insuficiencia de los cien *Reichsthaler* que se agregaban a su salario en el momento en que, pudiendo otorgársele la dirección de la biblioteca, esta había sido confiada a alguien de menos mérito académico y mayor prosapia noble (ambas cosas relativamente fáciles de hallar en su ámbito), con lo que, muy a su pesar, aceptaría la oferta que presentaba Göttingen, que, al nombrarlos a él profesor ordinario y bibliotecario y a su hermano subbibliotecario, lo hacía “con salarios adecuados, que ponían fin a nuestra constante carestía en la administración de Hessen”.⁸ Porque no solo del archivo vive el filólogo. Ni solo en los archivos perdura su imagen.

⁷ Olender, Maurice, *Las lenguas del paraíso. Arios y semitas: una pareja providencial*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 18.

⁸ Grimm, Jacob, “Selbstbiographie”, ob. cit., p. 17.

2

En lo que Giorgio Agamben considera uno de sus más penetrantes ensayos póstumos,⁹ Walter Benjamin anotaba –se estima que alrededor de 1921– las hipótesis fundamentales, líneas generales y literatura aconsejable para un estudio jamás concluido –aunque buena parte de su obra parezca desmentir esta impresión– sobre “El capitalismo como religión”. Sobrepujando la apuesta weberiana de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Benjamin venía a sostener que no se trataba de encontrar los fundamentos religiosos del espíritu capitalista, sino que esa espiritualidad era la misma, la suya una estructura fundamentalmente religiosa, el capitalismo un parásito que, alojado en el cuerpo del cristianismo, se había hecho uno con él colonizándolo.

Entre las anotaciones fragmentarias que ocupan la última parte de este esbozo, se encuentra una sintética propuesta de investigación probatoria para sus hipótesis: “Comparación entre las imágenes sacras de las distintas religiones por un lado, y los billetes de banco de los distintos estados por el otro. El espíritu que habla desde la ornamentación de los billetes”.¹⁰ La forma religiosa del capitalismo encuentra su expresión en el adorno de la manifestación hoy más extendida y volátil de la contundente abstracción mercantil. Y en ese espacio, que en el siglo XIX europeo se puebla de deidades antiguas de la abundancia y la fecundidad,¹¹ se extenderá luego, en muchos casos, la imaginería del panteón de la nación. Estamos acostumbrados a reconocer en los billetes de curso legal las imágenes de presidentes, generales de la independencia, figuras emblemáticas de la historia política del país, convertidas en objetos seculares de veneración en

⁹ Agamben, Giorgio, *Profanaciones*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2009, p. 105.

¹⁰ Benjamin, Walter, “Kapitalismus als Religion”, en Dirk Baecker (ed.), *Kapitalismus als Religion*, Berlin, Kadmos, 2003, p. 17.

¹¹ Priddat, Birger P., “‘Geist der Ornamentik’, Ideogrammatik des Geldes: Allegorien bürgerlicher Zivilreligion auf Banknoten des 19. und 20. Jahrhunderts”, en Baecker, ob. cit., pp. 19-34.

las distintas instituciones donde el Estado forma a sus ciudadanos y cultiva los relatos que dan sustento a la nación. Décadas después, en una Alemania de posguerra que Benjamin ya no vería, en un país que debía organizarse como República Federal en los estados ocupados por los aliados del bloque occidental de la Guerra Fría, la iconografía de la nación atendió a una mitología que, sustrayéndose a la política y la guerra, decidió apoyarse en el más sosegado terreno de la cultura. Así, el marco alemán desplegó un panteón de la nación en el que proliferaban músicos, escritores (y escritoras), científicos, arquitectos y, en el billete de mil, dos efigies: Jacob y Wilhelm Grimm.

No deja de ser curioso, bien mirado, encontrar a dos filólogos en un billete. Hay dos líneas de reflexión que me gustaría seguir a partir de esta imagen, que justifican, a mi parecer, la intromisión en la presentación de un libro sobre el origen de la lengua de la trivialidad de un billete de curso legal. En primer lugar, porque contribuye a situar a Grimm en el presente. No es cualquier figura del siglo XIX. Es una de las pocas cuya obra alcanzó, con nombre y todo, hasta nuestra infancia, aunque sería más certero decir que fue su apellido y no su nombre el que llegó a nosotros a través de las múltiples versiones de las historias que ellos, los hermanos, recogieron en los *Cuentos para la infancia y el hogar*. Así, de a dos, como vivieron toda la vida, inseparables –segundo y tercero de ocho hermanos, igual vestidos, siempre andando juntos, recuerda Jacob al despedir a Wilhelm el 5 de julio de 1860¹²–, así quedarían inmortalizados en la posteridad que la religión capitalista supo ofrecerles. Difícilmente haya un mejor ejemplo de historias locales convertidas en diseño global.

Sin embargo, no deja de ser una paradoja ilustrativa la que ilumina esa imagen: los Grimm, que hicieron una causa de la autonomía como posibilidad y necesidad del letrado de

¹² “Rede auf Wilhelm Grimm”, en *Kleinere Schriften...*, ob. cit., p. 163.

apartarse del mundanal ruido, ilustrados en la más impúdica de las publicidades. Y el detalle resulta paradójico justamente porque ese alejamiento y su defensa tenaz constituyen una instancia decisiva en la construcción del espacio de lo público en su forma moderna, construcción que permite dar forma a la más pública de las señas de la nación: su lengua y sus relatos.

Al mismo tiempo, la religión y el capital, la lógica del saber y el valor (de cambio), serán constantes que permitan explicar mucho de lo que aquí se introduce. Para hacerlo más claro: en "Elogio de la profanación", luego de reseñar el fragmento benjaminiano mencionado al comienzo, Agamben procura "proseguir las reflexiones de Benjamin" en la perspectiva por él asumida, desde la cual había establecido páginas antes que la religión, la *religio* latino, no significaba necesariamente *religar*, sino todo lo contrario, la *separación* a través de la cual la sustancia destinada a convertirse en sagrada era sustraída al ámbito del uso. Así, "el capitalismo, llevando al extremo una tendencia ya presente en el cristianismo, generaliza y absolutiza en cada ámbito la estructura de la separación que define la religión".¹³ Más allá de las consecuencias que Agamben extrae de aquí para su análisis crítico del estado actual del capitalismo mundial, esa separación o sustracción del objeto con respecto a cualquier forma del uso o la utilidad constituye el procedimiento fundamental para la legitimación de un saber —en este caso preciso el lingüístico— como ciencia en la Modernidad. Los primeros historiadores de la lingüística, como Theodor Benfey, sentaron sus fundamentos sobre esa base, justamente en esos mismos términos: no es lo mismo estudiar una lengua para hacer uso de ella que estudiar las lenguas por sí mismas. Como se afirmaba ya en *Sobre el origen de la lengua*, la condición de posibilidad para establecer una ciencia del lenguaje era su liberación de la servidumbre a

¹³ Agamben, G., ob. cit., p. 106.

finés que no fueran los del conocimiento de la lengua por la lengua misma. En los mismos años en que la *Lógica* de Hegel establecía la astucia de la razón en la supervivencia y perduración de la herramienta más allá de los fines pasajeros que motivaran su diseño e implementación, las ciencias del lenguaje se definían en su emancipación de la filología (estudiar la lengua en su historia para establecer los textos del canon), de la gramática normativa y —yendo más lejos, con Foucault, al corazón mismo del cisma— de la representación misma.¹⁴ "Las sustancias eran tomadas como medios, no en sí mismas", dice Grimm ya en 1851, en este mismo texto, acerca del modo que tiene la filología de estudiar la lengua o cómo las plantas eran estudiadas en función de sus cualidades curativas, para aclarar de inmediato que "sin embargo, lentamente se preparaba una progresiva modificación de la perspectiva y el procedimiento". No obstante, esta emancipación permitía al mismo tiempo devolver ese objeto separado de su lógica pero convertido en nueva matriz interpretativa y superficie simbólica, ahora sí, al servicio de las empresas políticas de mayor envergadura: la nación, el imperio. Es así como estudiosos contemporáneos de la dimensión más política del saber lingüístico, como Joseph Errington, pueden hablar de dos modos fundamentales en que lo que él mismo denomina las "imágenes filológicas de la lengua" pudieron encontrar repercusión más allá del ámbito restringido del saber académico: por un lado, una "visión orgánica de la historia que contribuía a explicar la superioridad de Europa en el presente colonial, naturalizar su avance civilizatorio y dar cuenta de la diferencia lingüística como desigualdad humana en un mundo colonial"; por el otro lado, la filología como una ciencia ante todo alemana, que en un contexto de crisis política y cultural en una Europa en proceso de industrialización "hacia del pasado un recurso

¹⁴ Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 274 y sigs.

para las ideologías nacionalistas”.¹⁵ Grimm, al presentar este ensayo, ya hacía tiempo que era Jacob Grimm, el encargado de confeccionar un verdadero corpus de la lengua alemana, un archivo para la nación integrado entre otras cosas por la *Gramática alemana* (1819), la *Mitología alemana* (1835), el *Diccionario* (1848) y un gran número de trabajos entre los que se cuenta el más célebre de todos, realizado junto a su hermano Wilhelm en la edición y publicación de los cuentos, los *Kinder- und Hausmärchen*, editados por primera vez en 1812 y que en 1850 habían alcanzado la sexta edición, así como las leyendas, *Deutsche Sagen*, cuya primera edición data de 1816.

Sobre el origen de la lengua es uno de los escritos llamados “menores” (tal el nombre del volumen que los contiene en el conjunto de la obra, los *Kleinere Schriften*) de Jacob Grimm; sin embargo, constituye uno de los puntos privilegiados desde donde ingresar a esa encrucijada donde un saber especializado afirma su objeto en lo social; donde las ciencias modernas del lenguaje, celebrando su recién adquirida madurez, revelan su posición etimológicamente crucial en el entramado discursivo de los grandes proyectos políticos europeos del XIX, a grandes rasgos la expansión imperialista y el impulso formador de las naciones modernas y sus nacionalismos.

Se trata de una conferencia ofrecida en la Academia Prusiana de las Ciencias el 9 de enero de 1851. Verdadera formulación de un programa, aquel que comprende el vasto corpus de los hermanos y que Richard Bauman y Charles L. Briggs sintetizan, en el título del capítulo que les dedican en su imprescindible *Voices of Modernity*, como

¹⁵ Errington, Joseph, *Linguistics in a Colonial World. A History of Language, Meaning and Power*, Malden MA, Oxford y otros, Blackwell, 2008, p. 71. Nadia Altschul, por su parte, habla de “dos formas de conocimiento local europeo expandidas a proyecciones globales: la filología alemana y el paradigma nacionalista” (Altschul, Nadia, *Geographies of Philological Knowledge. Postcoloniality and the Transatlantic National Epic*, Chicago & London, The University of Chicago Press, 2012, p. 34).

una “cientificación de la producción textual al servicio de la nación”, donde señalan cómo estos se aúpan claramente en los hombros de Herder, haciendo suyo su proyecto nacionalista y procurando otorgarle una base lingüística y textual. Así, las colecciones de cuentos y leyendas, sobre todo los universalmente célebres *Cuentos para la infancia y el hogar*, aparecen para estos autores como una prolongación del afán herderiano de jerarquizar y revitalizar la literatura alemana “introduciendo en su centro la *Volksdichtung* recogida entre el *Volk* marginal y en trance de desaparición”. La diferencia que encuentran con el proyecto herderiano es la que subrayará Jacob al tributar el debido homenaje a su predecesor, señalando la distancia insalvable entre el punto de partida de cada uno en la mediación de la ciencia. Bauman y Briggs, en el marco más amplio de su investigación, encuentran así en el trabajo de los Grimm en aras de la profesionalización y cientificación del estudio de la lengua y la literatura una evocación de “los esfuerzos de Locke por purificar la relación entre lengua y sociedad”, los cuales se ofrecen como contracara del fervor protorromántico herderiano por la vuelta al sustrato popular de la nación. Esta contradicción, sin embargo, es la que les permite explicar el modo en el cual se opera en la labor filológico-lingüística de los Grimm una contribución esencial a la formación de una ciencia a través del devenir global de un diseño local:

Al llevar estas ideologías del lenguaje y las prácticas metadiscursivas en sí distintas a una tensión compleja, y adecuando los textos como herramientas para la creación de poderosos híbridos, aseguraron un lugar influyente para el estudio de la lengua y la literatura vernáculas hacia el interior de esquemas para la imaginación y naturalización de la desigualdad social, tanto dentro de las “naciones” como entre ellas. Poco después de que Kant proclamara un cosmopolitismo

racionalista y universal, los Grimm fueron pioneros en una práctica cosmopolita que asimilaba el provincialismo y el nacionalismo como sus mismos fundamentos discursivos. Más allá de la perdurable influencia de los esquemas particularmente hibridizantes que defendieran, la obra de los Grimm ofrece un lugar clave para observar cómo las contradicciones entre ideologías lingüísticas y prácticas textuales pueden contribuir a sustentar nuevos esquemas para la estructuración del tiempo, el espacio y la sociedad. Sus escritos revelan con especial claridad cómo los europeos pudieron desprovincianizar sus propias autoimágenes idealizadas, no afirmando su universalidad, sino al declarar su carácter provinciano.¹⁶

Más adelante, en el mismo capítulo, comentando el lugar de este trabajo de los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm en la construcción de una nación y un nacionalismo para Alemania, se preocupan por indicar que la adopción de un léxico economicista y capitalista —como el que en ese momento toman sobre todo de Pierre Bourdieu— para el análisis de procesos comunicativos entraña ciertos riesgos, este caso en particular resulta en especial propicio para el empleo de la noción en cuestión, dado que “uno de los efectos de la obra de los Grimm fue el de tomar formas simbólicas que habían sido escasamente integradas en la economía capitalista e insertarlas de manera sólida en un mercado textual dominado por el capital, infundiéndoles valor en el camino”. Este proceso que hace de la materia prima popular mercancía apta para el mercado de los bienes simbólicos es descrito por los autores del siguiente modo:

¹⁶ Bauman, Richard & Charles R. Briggs, *Voices of Modernity. Language Ideologies and the Politics of Inequality*, Cambridge, UP, 2003, pp. 197-198.

Al hacer esto, contribuyeron a transformar formas simbólicas que, según su parecer, habían estado ligadas a ciertos lugares e identidades sociales en particular, de modo tal que pudieran circular en un libre mercado textual. De todos modos, podemos leer este proceso como la extracción de conocimiento de un acervo cultural común y su conversión en capital simbólico que podía ser controlado por ciertas clases en particular, y en mercancías, textos publicados, que podían ser comprados y vendidos en un mercado capitalista.¹⁷

Sustracción e implementación en un mercado de los bienes simbólicos o de los más palpables bienes comerciales, este procedimiento participa asimismo de la construcción de la lengua como objeto de la ciencia y al mismo tiempo fundamento de la nación: su historia y sus formas se investigan en los textos de una tradición que el filólogo reconstruye y codifica en su separación de la representación y organización en una gramática homologada, compatible y comparable: sobre ese plano de equivalencias se hace viable la elucubración científica. Para demostrar sus hipótesis, Bauman y Briggs se apoyan sobre todo en la lectura de dos textos: los *Cuentos para la infancia y el hogar* y el ensayo que aquí presentamos, *Sobre el origen de la lengua*. Este último, más precisamente, contendría el programa de su acción de manera sintética. Ese programa es, ante todo, un repaso por la labor de una vida, que comprende su contribución a la invención de su ciencia.

Es importante, por ende, tomar en consideración que el lugar desde el cual habla Grimm es el de aquel que considera su tarea vital completa, mirada retrospectiva que —como se ve en el discurso en homenaje a Savigny, dedicado nada menos que a la propiedad— venía ensayando desde hacía

¹⁷ *Ibíd.*, p. 217.

tiempo. En 1851, entonces, al pronunciar este discurso, Jacob Grimm consideraba que lo más perdurable de su labor en la construcción de una ciencia y un corpus para el relato de la nación había alcanzado ya su realización y, con el gesto de quien puede entrever el final de sus días con la soberbia tranquilidad que recorre esas líneas, se afirma en el realismo de su "estoy facultado para postular la factibilidad de esta investigación sobre el origen de la lengua como un simple problema, cuya feliz resolución aún puede ser puesta en duda por muchos". Más temprano aún había debido ocuparse de la recapitulación autobiográfica, al menos en dos ocasiones, en las cuales se hace relevante este doble aspecto que aquí se viene subrayando: la separación del científico y su labor, lo mismo que su objeto, de los afanes e intereses del mundo y, no obstante, su contribución a la construcción política de la nación. La primera vez, en 1831, como aporte a una historia de los artistas e intelectuales de Hessen compilada por Karl Justi,¹⁸ había confeccionado una breve autobiografía en la que defendía esta posición: "quizás estos estudios puedan haber parecido o parecer aún improductivos [*unergiebig*] para algunos; yo los he visto siempre como una tarea honrosa, seria, relacionada fuertemente con nuestra patria común cuyo amor alimenta".¹⁹ De lo primero que habla en esta autobiografía escrita apenas a los 45 años es de su padre, tempranamente fallecido a comienzos de 1796, quien sería responsable, subraya, más con el ejemplo que con la palabra, tanto de su educación religiosa como de su amor a la patria. Sobre el rol de la enseñanza escolar, de la que tiene un recuerdo en última instancia agradable, guarda sin embargo sus reparos, dado que es uno de los aspectos en que más decididamente debía intervenir su programa:

¹⁸ Justi, Karl W., *Grundlage zu einer Hessischen Gelehrten-, Schriftsteller- u. Künstlergeschichte v. J. 1806-1830*, Marburg, 1831. Citamos de acuerdo con la edición del texto en el primer tomo de los *Kleinere Schriften*.

¹⁹ Grimm, Jacob, "Selbstbiographie", ob. cit., p. 18.

Pero también la enseñanza misma, como era impartida entonces en esa escuela de sólidos fundamentos, se me ha aparecido luego en algunos aspectos deficitaria. Se desperdiciaba mucho tiempo con horas de geografía, historia natural, antropología, moral, física, lógica y filosofía [...], coartando la clase filológica y la histórica, que deberían ser el alma de toda educación juvenil en los liceos.²⁰

Sabe, como Wilhelm von Humboldt, que para conjugar la construcción de una ciencia y una nación (de un saber sobre y para la nación) se necesita un doble quiebre: en el saber letrado y en las primeras letras. Por eso subraya lo defectuoso de una educación que no ponía en su centro la filología y la historia. La historia, por otra parte, constituirá la clave para hacer de la filología ciencia del lenguaje, para sustraerla a la servidumbre de otros intereses y otorgarle un espesor propio. Observa Friedrich Stroh, en un manual de filología germánica de la posguerra, el paralelo entre el maestro jurista y el discípulo filólogo:

Así como Savigny somete el derecho romano de la propiedad al examen histórico, Jacob Grimm se ocuparía de ganar una comprensión histórica de las lenguas germánicas. Como Savigny más tarde rechazaría de plano la legislación, así también Grimm haría caer de su ciencia la gramática legislativa, que solo iba a la busca de reglas prácticas, desplazándola con una historia de la vida de la lengua.²¹

En la segunda ocasión que aquí nos interesa entre las que lo enfrentan a la necesidad de hablar en primera persona y en retrospectiva, no se trata ya de un ensayo autobiográfico

²⁰ *Ibid.*, pp. 3-4.

²¹ Stroh, Friedrich, ob. cit., p. 66.

a secas, sino de las líneas necesariamente autobiográficas que asume su defensa tras la expulsión de la Universidad de Göttingen y el destierro del reino de Hannover. Justamente por esa razón se encontraría años después allí, en Berlín, pronunciando tanto el discurso sobre el origen de la lengua como también su homenaje a Savigny, a quien agradece su intercesión en ese entonces para que fuera allí convocado. En el momento en que recibe la convocatoria desde Berlín, además del fundador de la germanística y el coautor (junto con su hermano y el *Volk*) de la más célebre colección de cuentos que haya habido jamás, Jacob Grimm era uno de los *Göttinger Sieben*, los siete profesores expulsados de la Universidad de Göttingen, un héroe civil del liberalismo moderno —y con él, de la causa del nacionalismo alemán—. El conflicto se desató en diciembre de 1837, con motivo de su participación en la redacción y difusión de un escrito en el que siete catedráticos, de los más célebres de la universidad (los dos Grimm, Friedrich Dahlmann, Georg G. Gervinus, W. E. Albrecht, H. G. A. Ewald y W. E. Weber), protestaban contra la suspensión de la constitución vigente en el reino de Hannover por parte de Ernesto Augusto I tras la disolución del vínculo de este estado alemán con Inglaterra. Hecha pública su protesta a través de los organismos de representación de la universidad, los siete fueron expulsados de la institución y tres de ellos —Jacob Grimm, Gervinus²² y Dahlmann (influyente historiador a quien Grimm dedicara la *Deutsche Mythologie*)—, por atribuirseles la responsabilidad de la difusión en Francia de esta controversia, desterrados del reino. Poco después, como se ha mencionado, Federico Guillermo IV de Prusia lo convocó a Berlín, donde Grimm desarrolló sus tareas desde 1841 hasta su muerte en 1863. En 1848 se le otorgó un sitial de

²² Autor de una célebre *Historia del siglo XIX* y otra de las figuras claves para el vínculo entre filología y nación con su *Geschichte der poetischen National-Literatur der Deutschen* [Historia de la literatura poética nacional de los alemanes], 1846.

honor en la asamblea de Fráncfort, hito fundamental en la historia de la democracia y la nación alemanas.

Dos meses después de la expulsión, Dahlmann publica en Leipzig una defensa del grupo que es al mismo tiempo una aclaración de su posición respetuosa ante la monarquía constitucional y distante de los principios revolucionarios más allá del Rin.²³ Y en el mismo año de 1838, Jacob Grimm saca a la luz en Basilea su defensa, más personal y detallada, que contiene un verdadero manifiesto de la independencia intelectual y la (relativa) autonomía del campo científico:

Mi vida, en la medida en la cual sus destinos dependen de mi predisposición y convicciones, habría discurrido tranquila e inalterada en incesante servicio de la ciencia. Ahora, por tercera vez, el sendero que podía abrirme ha sido frustrado y cerrado nuevamente por circunstancias externas, cuya incidencia alcanzaba mucho más lejos que la resistencia que yo tenía para oponerles. Yo atraigo la mirada del poder sobre mí recién cuando me obliga a trasladar la lumbre de mi hogar y avivar su fuego en una nueva morada. Nunca, desde mis épocas tempranas hasta ahora, se me ha impartido a mí o a mi hermano ayuda o distinción de parte de gobierno alguno: en alguna ocasión habría necesitado la primera, jamás la segunda. Esta independencia blindó mi alma, que resiste imposiciones que pretenden ensuciar la pureza de mi conciencia.²⁴

La imagen brindada resulta elocuente en cuanto a la ilustración del lugar que el letrado pretende para sí: apartado del mundo, en clausura monacal, independiente del Estado pero

²³ Dahlmann, Friedrich (ed.), *Die Protestation der sieben Göttinger Professoren* [La protesta de los siete profesores de Gotinga], Leipzig, Weidmann, 1838.

²⁴ Grimm, Jacob, "Über meine Entlassung", en *Kleinere Schriften*, ob. cit., t. I, Berlin, Dümmler, p. 26.

al servicio de la nación. Hermann Grimm, hijo de Wilhelm que colabora con Karl Müllenhoff en la edición de los *Kleinere Schriften*, anota al final del alegato de su tío lo que aparece como una interesante puesta en contexto para 1864:

Era por ese entonces una exigencia nueva para los hombres la de tomar partido en el acto, decididamente, en cuestiones políticas. Cayó como un asalto sobre gentes pacíficas totalmente desprevenidas: algunos se mostraron perplejos, otros siguieron reacciones temerosas, y otros más se expresaron en común ánimo, y todo esto, puesto que nadie había sido formado para la intervención pública, de un modo tan significativo, como hoy apenas podría volver a darse.²⁵

“Sobre mi despido” es uno de los *Kleinere Schriften* que explican el lugar de enunciación de Grimm al hablar del origen de la lengua. Es el responsable de la *Deutsche Grammatik*, de los *Kinder- und Hausmärchen*, de los *Deutsche Sagen*, en ese momento ya el fundador de una ciencia (la germanística) y el autor de una tradición nacional quien toma la palabra para designar el lenguaje como el espacio de la historia: “Es nuestra historia, nuestra herencia”. Es justamente un hijo de la formación calvinista, además, quien hará la historia de la separación que hace posible la lingüística como una ciencia al servicio de la nación (y del imperio). Y lo hará sustrayendo a la religión la competencia para responder a la pregunta por el origen de la lengua y situándola en la historia o, con mayor precisión, en la historicidad propia que su ciencia concebía para su objeto. La pregunta por el origen es así una pregunta del siglo XIX (aunque no lo es de forma exclusiva) y, sobre todo, una pregunta del *saeculum*. Mejor aún, de la secularización como motor de la Modernidad.

²⁵ Grimm, Hermann, nota final en Grimm, Jacob, “Über meine Entlassung”, ob. cit., pp. 52-53.

En 1866, la *Société de Linguistique de Paris*, fundada en la capital del siglo XIX dos años antes, se otorgaba sus estatutos e incluía ya en el segundo de sus artículos una llamativa interdicción: “La Sociedad no admite ninguna comunicación concerniente al origen del lenguaje o a la creación de una lengua universal”. Sorprendentemente, la corporación que venía a ofrecer un contrapeso al predominio de las universidades alemanas en el terreno de las ciencias del lenguaje comenzaba por rechazar de plano los interrogantes que habían marcado decisivamente la etapa de primera formación de la joven y exitosa disciplina. Así, las dos caras de la negativa de la sociedad parisina señalan dos impulsos totalizantes diversos en muchas de sus manifestaciones históricas así como en la direccionalidad que asumen —la proyección utópica, futura, de la lengua universal, la *Spurensuche* (rastreo) romántica que se pierde en el pasado—, pero que al mismo tiempo reconocen su identidad más de una vez justamente en la forma y el sujeto histórico de su enunciación. Es decir, si la postulación de una lengua universal implicara siempre la imposición de una particularidad de la forma y con ella de la razón, también el recorrido hacia el origen operaría deslindes, fusiones o prescindencias que, en tanto invención del pasado, repercuten como violencia en el presente.

Probablemente, uno de los alegatos más brillantes para poner en duda la sensatez de tales emprendimientos siga siendo “El idioma analítico de John Wilkins” de Borges, así como el libro que dice haber nacido de ese cuento, de aquello que la mención de la enciclopedia china en el relato borgeano provocara en un lector como Michel Foucault, que en el octavo capítulo de *Las palabras y las cosas* dedica una sección a los rasgos fundamentales de la gramática histórico-comparativa, aquella disciplina en el sentido estricto de la palabra que opera el tránsito de la filología a la lingüística y en cuya historia se posicionó Grimm al reseñarla en el texto que aquí presentamos: “toda la obra filológica de Grimm,

Schlegel, Rask y Bopp, permanece en las márgenes de nuestra conciencia histórica, como si solo hubiera fundado una disciplina un tanto lateral y esotérica —como si, de hecho, no hubiera sido todo el modo de ser del lenguaje (y del nuestro) el que se modificó a través de ellos”.²⁶

¿Cómo se opera esa modificación? ¿En qué consiste? Foucault, se ha mencionado antes, la describe como un desprendimiento, un despegarse la lengua de la representación, las palabras de las cosas, donde la raíz y sus inflexiones, la superficie fonética del lenguaje, pasa a ser el objeto privilegiado de su historia, no la expresión sino la superficie de aplicación de su ley. La llamada “ley de Grimm” será, por ejemplo, uno de los pilares fundamentales para pensar esta transformación —y puede verse aquí en la insistencia de su propio autor sobre la importancia de la descubierta regularidad de los cambios fonéticos en la tarea de remontar el examen histórico de la lengua hasta la conjetura de un origen.²⁷ Sin embargo, esta parece ser solo una parte de la historia.

En un ensayo de juventud, Antonio Gramsci —formado en la más sólida escuela lingüística italiana— argumentaba contra el esperantismo, colocándolo en la vertiente también totalizante de la obsesión por la unidad, unicidad y homogeneidad de la lengua nacional, aduciendo:

Esta preocupación por la lengua única surge en épocas diferentes y asume distintas formas. Surgida por impulso de las doctrinas del siglo XVII y del iluminismo francés del siglo XVIII, habría tenido que dar forma a la lengua de la Cosmópolis burguesa, de la unidad del pensamiento burgués creada por la

²⁶ Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 275.

²⁷ Véase Giancarlo, Matthew, “The rise and fall of the Great Vowel Shift? The changing ideological intersections of philology, historical linguistics and literary history”, *Representations* 76, 2001, pp. 27-60.

propaganda de los enciclopedistas. Catalina II de Rusia hizo despilfarrar al Estado gran cantidad de recursos para compilar un diccionario de todas las lenguas, capullo de la mariposa interlingüística. Pero el capullo no evolucionó, porque no contenía germen vital alguno.²⁸

Curiosamente, en este mismo proyecto señalará Grimm el germen de la ciencia lingüística moderna. Ciertamente, la invención en 1879 del *volapük* por parte de J. M. Schleyer y en 1887 la del más exitoso esperanto por parte de Ludwig Zamenhof habían dado más relieve a los ojos de Gramsci al proyecto de la lengua universal que al problema del origen, que en su formación de lingüista también conocía debidamente. El proyecto de la zarina, dirá Grimm, si bien no se apoyaba en bases científicamente sólidas, había dado estímulo al procedimiento fundamental de las ciencias del lenguaje en el siglo XIX: la comparación de lenguas.²⁹ E inmediatamente señala la superación de este estímulo por el impulso definitivo que a los estudios lingüísticos había venido a dar el “descubrimiento” del sánscrito por parte de Sir William Jones, cuyo discurso de 1786 en la primera reunión de la *Asiatic Society of Bengal* que él mismo presidía es considerado una instancia fundacional para la lingüística moderna. Allí se establecía la dignidad y parentesco del sánscrito con las lenguas clásicas de Europa, el griego y el latín. Luego vino la serie de trabajos decisivos que Grimm señala en el umbral de las modernas ciencias del lenguaje, entre los que resultan fundamentales —tras la piedra fundacional de la filología alemana moderna que venía a

²⁸ Gramsci, Antonio, “La lengua única y el esperanto”, en Bentivegna, Diego (ed.), *Escritos sobre el lenguaje*, Sáenz Peña, UNTREF, 2013, p. 54.

²⁹ Pallas, Peter Simon (ed.), (1787-1789), *Linguarum totius orbis vocabularia comparativa; Augustissimae cura collecta*, Petropoli, Iohannis Caroli Schnoor; *Vergleichendes Wörterbuch aller Sprachen und Mundarten in alphabetische Ordnung gebracht*, San Petersburgo, 1790-1791.

establecer Friedrich Schlegel con su monografía sobre la lengua y sabiduría de los indios, donde ponía el centro en la comparación de lenguas como vía para dilucidar la historia más antigua del origen de los pueblos y sus migraciones tempranas³⁰— los de Franz Bopp, *Vergleichende Grammatik des Sanskrit, Zend, Griechischen, Lateinischen, Litauischen, Gotischen und Deutschen* [Gramática comparativa del sánscrito, zend, griego, latín, lituano, gótico y alemán, Berlín 1833-52, 6 vols.] y Rasmus Rask, *Undersøgelse om det gamle Nordiske eller Islandske Sprogs Oprindelse* [Estudio sobre el origen de la antigua lengua nórdica o islandesa] (Copenhage, 1818) y la *Deutsche Grammatik* (1819) del propio Jacob Grimm. Como se puede ver a lo largo del texto, este presta especial atención a las lenguas que aparecen en el título de la obra de Bopp, considerada por muchos el verdadero umbral de la lingüística moderna. Al mismo tiempo, Grimm admiraba profundamente el volumen de Rask, al que consideraba digno de ser traducido (y adaptado) a muchas lenguas. Por lo demás, mantuvo un largo intercambio epistolar con el autor, entre 1811 y 1826, cuando, a consecuencia de una querrela literaria entre ambos, se interrumpió el diálogo.³¹

Sin embargo, así como el descubrimiento del sánscrito por parte de William Jones a fines del siglo anterior había conducido a la hipótesis del protoindoeuropeo como piedra basal de la gramática histórico-comparativa, más de medio siglo de investigaciones marcadas por esa “sed romántica de los orígenes”³² había bastado para que la negación de esa búsqueda pudiera presentarse en París como una pretensión de renovada legitimidad epistemológica. Lo curioso es que, poco tiempo antes, quien al año siguiente se convertiría en presidente de la Sociedad, Ernest Renan, había publicado y reeditado un ensayo de su autoría sobre la misma materia,

³⁰ Schlegel, Friedrich, ob.cit., p. 5.

³¹ Stroh, Friedrich, ob. cit., p. 58.

³² Olender, Maurice, ob. cit., p. 164.

además de prologar la traducción francesa del texto de Jacob Grimm que aquí se presenta. En 1864, sin ir más lejos, se publicó la quinta edición del ensayo de Renan que, más allá de algunas observaciones críticas dirigidas sobre todo a la concentración exclusiva de Grimm en las lenguas indoeuropeas —que le habría impedido ver con claridad la diversidad de posibilidades para la relación entre la complejidad sintética o la abundancia analítica de las lenguas en las distintas etapas de su evolución—,³³ rendía respetuoso tributo al maestro. Y es que la misma pregunta de Grimm, desde su contexto y hasta los términos en que se plantea, implicaba una recapitulación del devenir ciencia de los estudios del lenguaje en el siglo XIX, pasando más o menos pormenorizadamente por todos los avatares de ese proceso.

Saber fundamental, fruto y compañía de la avanzada imperial, la lingüística había cobrado su definitivo impulso a través de la integración del misterioso Oriente en la historia occidental, justamente en el sitio conjetural de los orígenes. Para decirlo con uno de los ensayos de reflexión histórica sobre la disciplina que la época ya alumbraba, “fue el sánscrito el más precioso entre todos los frutos que la inteligencia europea recogiera en Oriente en los tiempos modernos”.³⁴ Y en esa misma introducción a los *Studi orientali e linguistici*, Graziadio I. Ascoli comenzaba por señalar la pregunta por el origen como el lugar de la continuidad y la ruptura entre las formas tradicionales del estudio de la lengua y el aún novedoso espacio de las ciencias del lenguaje. “¿Es el lenguaje obra humana, o lo debe el hombre a una potencia superior?” Esta fórmula señala los extremos de la indagación sobre el origen y la condición del habla, tal como fue discutida durante siglos por la Antigüedad pagana, y tal como se presentó entre los filósofos de naciones que profesaban

³³ Renan, Ernest, *De l'origine du langage*, Paris, Michel Lévy Frères, 1864, pp. 15-16.

³⁴ Ascoli, Graziadio I., *Studi orientali e linguistici*, Milano, Volpato, 1854, p. 39.

una religión revelada".³⁵ Al mismo tiempo, evoca la forma de la pregunta que Grimm volvía a responder después de que Herder lo hiciera ochenta años antes; esta pregunta no refiere sencillamente al origen como ubicación espacial o temporal, sino más precisamente al problema de la lengua como rasgo distintivo, como aquello que distingue lo humano de todo lo demás.

El texto con el que Johann G. Herder ganó el concurso de la Academia Real de las Ciencias en Berlín en 1770, publicado dos años después bajo el título de *Abhandlung über den Ursprung der Sprache* (Ensayo sobre el origen de la lengua), respondía a la pregunta planteada por la Academia acerca de si el ser humano, abandonado a sus facultades naturales, podría haber inventado por sí mismo el lenguaje. La respuesta de Herder estaba centrada en la noción de *Besonnenheit*, la capacidad de reflexión como diferencia fundamental entre el hombre y los demás seres vivos, que le permite hacer del sonido instintivo, del grito animal, sistema.

El romanticismo hereda de algunas vertientes del pensamiento dieciochesco la inquietud por los orígenes y la fascinación por el otro bárbaro como archivo filogenético de aquello que la civilización ha dejado atrás y el pensamiento de Herder, como bisagra entre ambos, será especialmente influyente en ese aspecto. La pregunta por el origen de la lengua se convierte así en última instancia en una pregunta de orden antropológico, un terreno donde dirimir la línea divisoria entre lo animal y lo humano y las definiciones filosófico-políticas que ello acarrea. Así, la pregunta de la Academia servirá a Herder para plantear esa diferencia entre lo animal y lo humano no exactamente a través del lenguaje sino como explicación de la facultad humana del lenguaje desde el argumento inicial de su *Abhandlung*: primero enseña el estrecho parentesco entre el lenguaje humano y el grito animal, a pesar de su represión en la modernidad.

³⁵ *Ibid.*, p. 5.

Como animal, ya tiene el hombre una lengua. Todas las sensaciones intensas, y las más intensas entre las intensas, las sensaciones dolorosas de su cuerpo, todas las vigorosas pasiones de su alma se exteriorizan inmediatamente en grito, en tonos, en sonidos salvajes, inarticulados.³⁶

El pasaje inicial sienta las bases de la representación romántica del otro como versión del sí mismo premoderno, como pieza que permite completar el tránsito del estado de naturaleza al de civilización. Por eso, acto seguido se recurre a un ejemplo—en una sección del imaginario orientalista que tendría repercusiones archiconocidas en nuestras latitudes— como el del árabe que en el desierto está más cerca de su camello que el europeo de otros animales. Allí la interjección aparece como la instancia que media entre el estado animal y la lengua del origen, cuando el aullido se hace signo (Nietzsche rechazará luego esta posición: “la interjección madre de la lengua, cuando en realidad es su negación”³⁷). Esa última huella del origen animal de la lengua humana se haría igualmente más visible en las más distantes de las civilizaciones:

En todas las lenguas del origen resuenan aún restos de sonidos naturales puros solo que, desde luego, no son los hilos principales del lenguaje humano. No son las raíces propiamente dichas, sino la savia que da vida a las raíces de la lengua. En una lengua refinada, de invención tardía, que representa una derivación quizás en cuarto grado, y que tras

³⁶ Herder, Johann G., *Abhandlung über den Ursprung der Sprache*, en *Werke in zwei Bänden*, Frankfurt, Fischer, t. I, p. 734.

³⁷ Acerca de la relación de Nietzsche con la cuestión del origen de la lengua y su(s) lectura(s) del ensayo de Herder, véase el trabajo de Bertino, Andrea, “Sprache und Instinkt bei Herder und Nietzsche”, *Nietzsche-Studien* 39, 2010, pp. 70-99.

largos milenios de deformación ha sido luego refinada, civilizada y humanizada a través de los siglos de su vida: una lengua tal, hija de la razón y la sociedad, puede saber poco o nada de la infancia de su primera madre; solo las antiguas lenguas, las salvajes, cuanto más cerca del origen contienen más restos de él.³⁸

Los sonidos naturales de la lengua del origen no son la raíz, no hacen la diferencia o no son ya de por sí lengua, aunque sí resultan vitales; el detalle en la metáfora arbórea es por demás interesante en este caso, además de que ya se introduce en el comienzo el carácter de invención humana de la lengua. Hay una división relevante en ese sentido, *Ton* por un lado y *Wort* por el otro, la palabra como *logos* y el sonido asociado al instinto. El lugar del origen es el problema, aunque siempre será decididamente humano o animal, ya no divino o sobrehumano. No porque la discusión sea irrelevante, sino porque debe zanjarla decididamente: “En fin, podemos llamar lengua a esos sonidos inmediatos de la sensibilidad: en ese caso, encuentro su origen muy natural. No es en ningún modo sobrehumano, sino manifestamente animal: la ley natural de una máquina sensitiva”.³⁹ Pero inmediatamente, en el siguiente capítulo, pasa a negar toda posibilidad de que en ese sonido animal (gritos de las sensaciones, *Geschrei der Empfindungen*) pueda encontrarse el origen de la lengua humana: no es la raíz, es la savia.

Esta preocupación de Herder persiste en Grimm, en un claro afán por demarcar el terreno de lo humano, el espacio de su evolución en varios sentidos o a partir de diversos límites y densidades. La lengua humana opera la distinción con lo animal y lo divino, no es innata, creada o instintiva y, al mismo tiempo, representa una capacidad, el índice de un desarrollo que hace al grado de esa misma humanidad en la

³⁸ Herder, *Abhandlung*, ob. cit., p. 736.

³⁹ *Ibid.*, p. 742.

historia: la libertad para Grimm; *Besonnenheit* o la reflexión para Herder, formas diversas de la diferencia humana que operan el paso de la naturaleza a la historia, y que a vuelta de página contribuirán a naturalizar un devenir histórico definido. Ambos están pensando en la conciencia de sí, en el poder tematizar su propia existencia.

Por eso Herder va a hablar de la esfera que corresponde a cada animal, en la que desarrolla su instinto, con una concentración y fijación de la que ningún hombre sería capaz. Círculo de acción que, cuanto más amplio, más diversifica la percepción y cuidados del animal y a partir de esta idea de la restricción de este espacio es que concibe la lengua de los animales. El punto de partida, entonces, se hace notablemente extremo: para que la lengua pueda ser algo que permite definir al hombre en su diferencia, se lo despoja de ella: “¿Qué lengua (exceptuando la mecánica antes mencionada) tiene el hombre así de instintiva como cada especie animal posee la suya de acuerdo con su esfera? La respuesta es corta: ¡Ninguna! Y esta breve respuesta es decisiva”.⁴⁰

Sin embargo, dirá en el segundo capítulo, pensando en la razón (*Vernunft*) como el fundamento de esa diferencia en la lengua humana, equivalente en tanto don al instinto animal (la naturaleza, dice, cual madrastra cruel, habría dejado al hombre bastante peor aparejado que a los animales con su instinto), en cuyo caso la lengua sería esencial al hombre tanto como ser hombre, “no planteo este desarrollo a partir de fuerzas arbitrarias o de la sociedad, sino a partir de la economía animal general”.⁴¹ Es a través de la razón que va a pasar la diferencia humana en primer grado, señalando el camino a la argumentación de Grimm: la libertad frente al instinto.

Herder pretende superar de esa manera la noción de *Vernunft* como don distintivo que diferencia al hombre de

⁴⁰ *Ibid.*, p. 748.

⁴¹ *Ibid.*, p. 749.

todos los demás vivientes, considerándola una abstracción artificial sin correlato en la naturaleza humana, vinculada precisamente con esa orientación de sus fuerzas cuya expresión más acabada encontrará en el concepto de *Besonnenheit*: “otra creatura, cuya fuerza positiva se exteriorizó en un espacio mayor, según una organización más refinada, clara: que separado y libre no solo conoce, desea y obra, sino que también sabe que conoce, desea y obra”.⁴²

Como reseñan Bauman y Briggs, el proceso “comienza con el animal humano inmerso en un mar de sensaciones”. Es la capacidad de reflexión la que permite aislar un conjunto de esas sensaciones; “la imagen sensorial seleccionada se convierte en el foco de alerta y atención consciente y es reconocida como característica distintiva de su fuente”, la característica fundamental del proceso reside entonces en su reflexividad. “La *Besonnenheit* no es mera reflexión en el sentido de una conciencia focalizada, sino que involucra la conciencia de la conciencia”.⁴³ Heidegger mostraría especial aprecio por el ensayo herderiano y habló, en su seminario sobre la esencia del lenguaje, en 1939, de la *Besonnenheit* “no como ‘facultad’ diferenciada, sino como la fuerza fundamental del alma humana (*Grund-kraft der menschlichen Seele*) - vis primitiva activa (Leibniz)”.⁴⁴ Esta autoconciencia como conciencia de sí potenciada, ser conciente de que se es conciente de sí, refuerza el argumento contra los experimentos de niños salvajes ya antes rechazados, porque precisamente esos dos niveles de conciencia, esa reflexividad, establece el primer nivel de comunicación: “el salvaje, el solitario en la selva se habría visto obligado a inventar la lengua para sí mismo, aun si nunca hubiera hablado. Se trataba del acuerdo

⁴² *Ibid.*, p. 752.

⁴³ Bauman, Richard y Charles Briggs, *ob. cit.*, p. 167.

⁴⁴ Heidegger, Martin, *Vom Wesen der Sprache. Die Metaphysik der Sprache und die Wesung des Wortes. Zu Herders Abhandlung “Über den Ursprung der Sprache”, en Gesamtausgabe* sección IV, *Hinweise und Aufzeichnungen*, t. 85, Frankfurt, Vittorio Klostermann, 1999, p. 47.

de su alma consigo misma, un acuerdo tan necesario como el hombre era hombre”.⁴⁵ La estructura fundamental, sin la cual se hace impensable la posibilidad misma de la lengua, es el diálogo, ya que piensa Herder en este “nuevo sentido del espíritu, logrado por el hombre mismo” sobre todo, y desde el origen mismo, como “medio de vinculación”: “El primer rasgo que registro, es palabra recordatoria para mí y palabra de comunicación para otros”.⁴⁶

La lengua, de este modo, aparecerá como rasgo definitorio y demarcatorio de humanidad y comunidad, índice asimismo del desarrollo de la razón, de la mayor o menor distancia entre hombre y animal, marcada sobre todo por el progreso alcanzado en la obtención de libertad de la necesidad material y del dominio de sí. Por eso cobra tanta importancia a esta luz la tipología evolutiva (la que ordena según grado de desarrollo las lenguas aislantes, polisintéticas y flexivas, donde se encuentran por supuesto las lenguas indoeuropeas), los mecanismos y los umbrales que cada uno plantea para el desarrollo de una lengua, si bien autónoma, al mismo tiempo, al decir de Olender, “soldada a la nación. Así, la diferencia entre pueblos será tan fatal como la biología.

Es así que Errington puede leer la *Abhandlung* de Herder como un discurso formulado como respuesta a una pregunta, por la lengua, para ocuparse de otra, acerca de la identidad y la historia, y por esa razón destaca asimismo el lenguaje empleado por Herder, quien “pretendía dirigirse a sus lectores en un alemán pedestre, en algún modo coloquial, no solamente como un filósofo, sino como un alemán que escribía para otros alemanes”.⁴⁷ Por eso las dos partes del ensayo, tanto la que se ocupa de establecer el carácter esencialmente humano e inventado de la lengua (es decir, ni iluminación divina ni instinto animal) como la segunda,

⁴⁵ Herder, *Abhandlung...*, *ob. cit.*, p. 757.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 764.

⁴⁷ Errington, Joseph, *ob. cit.*, p. 50.

menos conocida, que apunta las trayectorias evolutivas de las lenguas —y da así razón a la inferioridad o superioridad intrínseca a cada una y con ellas sus hablantes—, forman un todo coherente. Errington habla de esta segunda parte como una especie de prototipo para los más influyentes y elaborados desarrollos de la lingüística posterior, en cuanto sienta las bases para su provisión de un modelo de historia de la lengua y con ella de la humanidad, que permitirán proporcionar un fundamento a las “construcciones telescópicas de la diferencia humana global” en la comparación específica de “hechos lingüísticos microscópicos”:

Herder enseñó cómo hacer de los “hechos” de la historia de la lengua pruebas de la desigualdad humana; de este modo también demostraba el lado oscuro del relativismo lingüístico y cultural, en tanto el romanticismo contribuyó al sentido de alteridad de los sujetos coloniales cuya humanidad podía ser considerada inconmensurable con la de sus amos.⁴⁸

La justificación para esta lectura del ensayo de Herder se encuentra sobre todo en sus conclusiones, donde se establece una verdadera modelación de la linealidad de la historia como progreso uniforme de la humanidad, donde unos pueblos van alcanzando a otros en su desarrollo y pueden ofrecer a los más maduros la imagen de su infancia bárbara —aunque, vale decirlo, esta descripción concibe nuevamente el devenir de la historia como violencia o poder—. El contacto, aunque sea como invasión, transmite cultura. El hombre aislado contiene en sí toda la potencialidad de la especie, pero mejor la desarrolla cuanto más se expande y perfecciona su sociabilidad: de la soledad a la familia, de la familia a la tribu, a la aldea, a la nación:

⁴⁸ *Ibid.*, p. 51.

Nosotros, los alemanes, viviríamos aún tranquilos en nuestros bosques, como los americanos, o más bien guerrearíamos rudamente en ellos y seríamos héroes, si la cadena de culturas foráneas no se hubiese acercado tanto a nosotros ni nos hubiese obligado, con la fuerza de siglos enteros, a intervenir en ella. El romano tomó del mismo modo su cultura de Grecia; el griego la recibió de Asia y de Egipto; Egipto, de Asia, y China, quizás de Egipto —así avanza la cadena desde un primer eslabón y tal vez alcance un día a cubrir la Tierra. [...] La cadena de cierto perfeccionamiento del arte sigue adelante por encima de todo (aunque haya, en cambio, otras propiedades de la naturaleza que se resientan) y, por ello mismo, también por encima del lenguaje. La lengua árabe es sin dudas cien veces más perfecta que su madre en sus rudimentarios comienzos; nuestro alemán es sin dudas más refinado que el antiguo celta. La gramática de los griegos pudo llegar a ser mejor que la oriental, ya que era su hija; la romana, más filosófica que la griega; la francesa, más que la romana: ¿no es más alto el enano aupado en los hombros del gigante que el gigante mismo?⁴⁹

Johann Georg Hamann publicó en 1772 dos escritos destinados a contradecir el rechazo herderiano del origen divino del lenguaje: *Dos reseñas además de un anexo acerca del origen del lenguaje* y *La última voluntad del Caballero Rosacruz acerca del origen divino y humano del lenguaje*. Según comenta el caso Isaiah Berlin, el mismo Herder se habría retractado en este aspecto a partir de la crítica de Hamann, en parte porque Hamann era su venerado maestro y en parte tam-

⁴⁹ Herder, *Abhandlung...*, ob. cit., p. 827.

bién porque, como buen pastor protestante, debió acusar recibo de la negación de los poderes divinos que Hamann imputaba a sus tesis.⁵⁰

Sin embargo, el antecedente más inmediato y el que más preocupa a Grimm por su carácter inconcluso es el de Friedrich von Schelling. Más allá de las formalidades del caso y el género, es curiosa preocupación la que revela desde un comienzo por la orientación que el filósofo del idealismo alemán hubiera querido darle al asunto, preocupación que reedita asimismo Heymann Steintal más tarde en su escrito presentado en la misma convocatoria (*El origen de la lengua en relación con las últimas preguntas de todo saber*). Jacob Grimm podía estar pensando aquí muy probablemente en los cursos impartidos en Berlín entre 1842 y 1845, que cuentan entre los antecedentes de las lecciones recogidas en la *Introducción a la filosofía de la mitología*, en la quinta de las cuales Schelling aborda la cuestión de la diversidad de los pueblos a partir de la diversidad de las lenguas y atribuye un carácter de reminiscencia histórica al mito babilónico de origen, que tanto Herder como Hamann se habían ocupado de abordar en sus ensayos sobre el asunto, y sobre el cual volverá asimismo Grimm.⁵¹ Sin embargo, el antecedente inmediato, que menciona en seguida, era el que ofrecían sus *Observaciones preliminares en torno a la pregunta por el origen de la lengua*, lectura ofrecida pocas semanas antes, el 25 de noviembre de 1850, en el mismo lugar, y que solo se publicaría póstumamente a partir de su versión manuscrita contenida en el *Nachlass* de Schelling, en la edición de la obra completa de 1861. Así es que Grimm menciona las lecciones de Schelling

⁵⁰ Berlin, Isaiah, "Two enemies of the Enlightenment", *The Isaiah Berlin Virtual Library*, <http://berlin.wolf.ox.ac.uk/lists/nachlass/hamann.pdf>, véase también su libro *El mago del norte: J. G. Hamann y el origen del irracionalismo moderno*, Madrid, Tecnos, 1997.

⁵¹ Véase al respecto, Coseriu, Eugenio, "Schellings Weg von der Sprachphilosophie zum Sprachmythos", en *Festgabe für Julius Wilhelm zum 80. Geburtstag*, anexo 1 de la *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur*, 1977, pp. 10-13.

(observando en anotación manuscrita en el *Handexemplar*, añadida solo en la edición de los *Kleinere Schriften* en 1864, que Goethe tenía el ensayo en su poder) y la poesía latina añadida al final como de autor desconocido.⁵²

Schelling, como bien rescña Grimm dos meses después, se limita a presentar la pregunta y el antecedente de la discusión entre Herder y Hamann, además de desechar la validez de otras respuestas contemporáneas a la misma convocatoria. Allí subraya la vocación polémica y agudeza irónica del último a la hora de impugnar el aporte de quien en última instancia era asimismo su entrañable amigo (lo llamaba, observa Schelling, "el más venerable de sus amigos"), pero a quien no podía dejar de espetar su servicio a la causa del siglo, comparándolo con "un inteligente mayordomo de un injusto Mammon", que había "depositado como fundamento de su tratado nada más que las manifestaciones y legados de su siglo", edificándolo con materiales precarios y perecederos, pero de acuerdo con la moda arquitectónica del momento. Schelling indica incluso la existencia de un tercer escrito de Hamann relacionado con la *Abhandlung...* de Herder, bajo el título de *Intervenciones filológicas y dudas acerca de un escrito premiado en la Academia*, el cual habría permanecido inédito "por deseo de Herder" y solo vería la luz en una edición posterior.⁵³

Luego de comentar la ironía con la que Hamann subraya el modo en que Herder ha prestado servicio a su siglo en sus respuestas (lo que hace de esta, una vez más, una discusión bajo el signo de la secularización), la conclusión de Schelling es sintomática:

⁵² Sin embargo, en la edición de las *Vorbemerkungen* contenida en el décimo tomo de la obra completa de Schelling, se indica en nota a pie de página al título del poema, "De humani sermonis origine diversae opiniones": "En una redacción anterior de este poema compuesto por el mismo conferenciante en el año 1825 o 1826 se añade el título: 'A partir de un tema dado a sus hijos para la traducción al latín'" (Schelling, *Vorbemerkungen*, ob. cit., p. 425).

⁵³ *Ibid.*, p. 420.

Tonos tan poco armónicos fueron el primer suceso de la pregunta planteada en el concurso convocado en Berlín y las respuestas ingresadas a partir de ella. Si nuestra época ha permanecido más distante de esta cuestión, o al menos no ha penetrado aún en la verdadera profundidad de esta, quizás pueda considerarse que es una consecuencia de la circunstancia que observamos como una de las más felices consecuencias de la nueva filosofía, y esto es que los grandes objetos no pueden ser tratados ya como entonces de a capítulos, recortados del contexto general —y la filosofía debe o bien rendirse o esforzarse en ser esa obra maestra del tejido, de la que habla Goethe, donde un punto significa mil vinculaciones—. ⁵⁴

Más allá de las disputas en el terreno de la filosofía alemana del siglo XIX que el nombre de Schelling puede evocar, en esta búsqueda de un lugar para la filosofía en un ámbito donde sus viejas preguntas encontraban su espacio disputado por disciplinas específicas para su indagación, interesa sin embargo observar cómo nuevamente la lógica de la separación de los campos y las esferas de especialidad vuelve a entrar en juego entre el discurso de Schelling y el de Grimm. La separación de la lengua del orden de la representación que hace posible la objetivación de la lengua como terreno de indagación científica, que implica también —según Foucault— la escisión entre lógica y gramática, es correlativa de lo que en historia de la lingüística se entiende como emancipación del primado filosófico luego de la gramática general, para devenir ciencia autónoma (y ahí puede cobrar aún mayor sentido el acento puesto por Grimm en renegar de la filosofía en favor de la filología y la historia

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 421-422.

en la enseñanza escolar). ⁵⁵ La vacilación de Schelling parece explicarse, en buena medida, a partir de este lugar ahora algo inseguro de la filosofía, ante una pregunta antigua y repetidamente propia, cuya actual novedad no residía tanto en sus términos, sino, como se ocuparía de dejarlo en claro Grimm, en el sujeto encargado de elaborar su respuesta:

Podría parecer llamativo que justamente en la época en la cual las investigaciones lingüístico-comparativas han adquirido un volumen tan digno de asombro, y han producido en parte o tienen en vistas también tan brillantes resultados, la filosofía aparezca tan retirada de aquella pregunta general, que desde Platón y las más tardías épocas de los romanos (hay testimonio de ello en Sexto Empírico y Aulo Gelio, entre otros) fuera discutida de formas diversas, y que luego en nuestra época, una vez que ya los ingleses, franceses y alemanes se ocuparan del tema compitiendo entre sí, llegaría a ser hecha objeto de una premiación de parte de nuestros predecesores en la Academia, ahora hace ochenta años. ⁵⁶

El lugar, la Academia Prusiana, y la advocación del idealismo, en la figura de Schelling, dan paso en Grimm a la mención al prestigio de su prehistoria: en el mismo lugar, ochenta años antes, nada menos que Herder había dado una respuesta a la misma pregunta. El nombre de Herder, al mismo tiempo, se archiva con cortesía en la vitrina de lo premoderno. Más que con cortesía, incluso, con devoción:

⁵⁵ Véase Formigari, Lia, "Grammar and Philosophy in the Age of Comparatism", en Embleton, Sheila, John Joseph y Hans-Josef Niederehe (eds.), *The emergence of the modern language sciences: studies on the transition from historical-comparative to structural linguistics in honour of E. F. K. Koerner*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins, 1999.

⁵⁶ Schelling, F., *Vorbemerkungen*, ob. cit., p. 419.

si la labor de los Grimm había resultado decisiva en la constitución de un corpus y esquema interpretativo para la lengua y las tradiciones alemanas, que llevaba a la primera a alcanzar la mayor profundidad imaginable en la historia y que le permitiera, a los ojos de sus propios hablantes cultos, pararse en pie de igualdad con las lenguas clásicas o al menos con el francés como lengua de arte y pensamiento, esta tarea se había llevado a cabo señalando abiertamente su continuidad y deuda con Herder:

Nacido en 1785 en una Prusia ocupada por los franceses, en un contexto marginal de clase media, Jakob hizo su camino en el mundo como un letrado cuyos diferentes proyectos servían a un solo fin: recapturar y resucitar la verdadera herencia de los pueblos germanoparlantes. Los hermanos Grimm oyeron con mucha claridad el llamado de Herder a la renovación cultural, como puede verse en el título de una publicación periódica que fundaron en su juventud: *Altdeutsche Wälder* [Antiguos bosques alemanes], dedicado a las "costumbres, leyes y normas que vinculan al pueblo alemán" (Seitz 1984:48, cit. en Zipes 1988:45). En este título resuena el eco del que Herder escogió para cuatro volúmenes de sus propios escritos nacionalistas de juventud, *Bosques críticos* (1769).⁵⁷

En este sentido, Herder es la referencia inevitable para las coordenadas estéticas e ideológicas de un romanticismo aún vigoroso en la configuración de una cultura para la nación alemana que todavía debía encontrar su forma política. Pero, al mismo tiempo, en 1850, a la voluntad romántica de la juventud de proseguir la labor herderiana se suma la

⁵⁷ Errington, J., ob. cit., p. 79.

firme vocación de asegurar en la madurez el espacio de su enunciación y el evidente homenaje a Herder en el final, salvedad incluida, confirma el proceder de esta dialéctica de la veneración y la superación.

Precisamente la mirada organicista sobre el apogeo y decadencia de las lenguas, sobre las lenguas más o menos pulidas y su desarrollo según la capacidad de flexión y abstracción es algo que, planteado en Herder a la manera del *dilettante*,⁵⁸ encontrará su expresión *profesional* en la lingüística posterior, hasta los altos niveles de codificación que supone, por ejemplo, la ley de Grimm. La gramática aparece aquí, y no dejará de hacerlo, como índice de civilización: cuanto más gramaticalizada una lengua, más refinada su cultura. En el extremo está la interjección y la onomatopeya, límite mismo entre el gemido animal y la palabra humana.

Para justificar la renovada incursión en la temática de marras, entonces, ochenta años después, Jacob Grimm no duda en señalar un quiebre entre Herder y él mismo, un acontecimiento que hace forzoso el replanteo de la cuestión. Herder no estaba equivocado, o al menos no lo estaba para su tiempo, dirá, pero queda fuera de la discusión, toda vez que esta se sitúa en el novedoso terreno de su especificidad. Es que de un modo muy evidente, *Sobre el origen de la lengua* se preocupa desde el comienzo por narrar los comienzos de la lingüística. Esta historia de comienzos —que en buena medida remedará en su esquema, pocos años después, un libro pionero en la historia de la lingüística—⁵⁹ se caracteriza por una serie de movimientos que apuntan a un proceso de autonomización y la sitúan en la historia de un modo legible

⁵⁸ "Nietzsche ha mentado a Herder en sus escritos solo en pocas ocasiones, y cuando lo hace, es antes bien con ánimo polémico. Lessing era para él 'el intelectual ideal'; Herder, 'el dilettante ideal'. (Nachlass 1869/70, 2[12], KSA 7.49), "Goethe podía contar cuentos, Herder era predicador." (Nachlass 1872/73, 19 [233], KSA 7.493)". Bertino, Andrea, ob. cit., p. 70.

⁵⁹ Benfey, Th., ob. cit., pp. 1-12.

desde su relación con el capitalismo, el colonialismo y el nacionalismo modernos, tal como la época los había llevado a su apogeo entonces, y que fundan la posibilidad de hacer de la afirmación de una identidad para la nación también la organización de sus formas de alteridad, desde luego, de modo tal que su subalternidad se naturalice, de nuevo, en la historia.

La cuestión del origen, abordada desde la nueva positividad que ofrece la lingüística, traza un mapa y establece una cronología. En realidad, hace las dos cosas al mismo tiempo: da cuenta del costado lingüístico de una filosofía de la historia que implica en sí misma una geografía, el avance en el tiempo como movimiento en el espacio. La historia mundial, decía Hegel, marcha de Oriente a Occidente, y si la pregunta por el origen permitía remontar la historia de las lenguas de Europa a la lengua y sabiduría de los indios (como rezaba el fascinado título de Schlegel, por lo demás poseído por el afán de poseer ese acervo), más al oriente está la exterioridad que permite conjeturar las formas del origen. China es lo otro, el espacio de una historia trunca, estancada, grandiosa pero improductiva a los ojos de la Europa decimonónica. Los procesos de cambio lingüístico explican la historia, la informan y permiten deducir la forma de la respuesta a la pregunta por el origen. La voluntad de establecer un saber científico riguroso, secular, convive sin embargo con el misterio como fundamento, con la necesidad de arrojar luz sobre él.

Karl Windischmann, al presentar *Sobre el sistema de conjugación...*, realiza un bosquejo biográfico en el que un joven Franz Bopp trasladado con su familia de Mainz a Fráncfort sobresale en todas las materias del estudio escolar para terminar inclinándose por las disciplinas filosóficas y revela una particular inclinación por el rigor de la ciencia. Esa inclinación se traduce en fervor dedicado sobre todo al estudio de la lengua (*Sprachforschung*), "con la intención de penetrar por este camino en el misterio del espíritu huma-

no y obtener de él algo de su naturaleza y de su ley".⁶⁰ Esa convivencia con el misterio conducirá a dirimir justamente la naturaleza y emplazamiento de la lengua de acuerdo con su origen, a partir de un planteo que, si hoy puede aparecer extemporáneo, en su momento se tornaría decisivo.

4

La ciencia preserva las más nobles adquisiciones del hombre, los más altos bienes terrenales, pero ¿qué vale ella frente al fundamento del ser, quiero decir, frente al indolegable temor de los mandatos divinos (die ungebeugte chrfurcht vor göttlichen geboten)?

Jacob Grimm, "Sobre mi despido", pp. 39-40.

En un extraordinario y pequeño volumen dedicado a la introducción de las literaturas germánicas medievales, Borges señala a propósito de los textos más célebres de la literatura escandinava que:

a mediados del siglo XIII (según Magnusson a mediados del XII) un escritor noruego cuyo nombre se ha perdido redactó, inspirado en estos cantos [los diez cantos de la *Edda Mayor*], la *Völsunga saga*. Se trata de una amplificación en prosa, que conserva, pese a la fecha tardía en que fue compuesta, rasgos primitivos y bárbaros. "La saga de los antepasados de Sigurd —observa Jakob Grimm— se caracteriza por una barbarie que es índice de su mucha antigüedad".⁶¹

⁶⁰ Windischmann, Karl, "Vorerinnerung", en Bopp, Franz, *Über das Conjugationssystem der Sanskritsprache in Vergleichung mit jenem der griechischen, lateinischen, persischen und germanischen Sprache* [Sobre el sistema de conjugación de la lengua sánscrita en comparación con aquel de las lenguas griega, latina, persa y germánica], Frankfurt, Andreaische Buchhandlung, 1816, p. ii.

⁶¹ Borges, Jorge Luis y María Esther Vázquez, *Literaturas germánicas medievales*, Buenos Aires, Alianza, 1999, p. 174.

Poco antes, Borges, que sabía de administración de tradiciones y precursores, volvía, a través de esos rodeos, sobre Grimm. El libro citado es la *Altgermanische Religionsgeschichte* de R. M. Meyer (Leipzig, 1910) y la cita está relacionada con la figura de Snorri Sturluson, el autor de la *Edda Mayor*. Meyer, así, atribuye a Sturluson

En otra página leemos: "Snorri pertenece a la historia de la evolución mitológica y también a la historia de la ciencia mitológica. Fue un lejano colega de Jakob Grimm; fue, sobre todo, un gran prosista clásico".⁶²

El lazo no es casual ni arbitrario: Snorri Sturluson es una de las fuentes privilegiadas de la *Deutsche Mythologie*⁶³ y, en su juventud, los hermanos habían comenzado a publicar una edición anotada de la *Edda*, interrumpida con la aparición de la edición de Rask en 1818.⁶⁴ Su huella está presente en el texto que aquí presentamos, en la mención a la historia de Fafnis, la sangre del corazón del dragón y la facultad de oír a los pájaros hablar, así como en la evocación de los escaldos nórdicos. La continuidad y vecindad de la poesía, la mitología y la religión de los pueblos germánicos es una de las hipótesis de trabajo fundamentales tanto para el trabajo de Jacob como para el de Wilhelm y, sobre todo, para su labor conjunta. Nieto de un pastor calvinista, Jacob Grimm sería el teólogo laico de la nación alemana, aquel dedicado a reunir el más vasto corpus de la historia de su lengua y tradiciones, a tomar decisiones sobre su forma e interpretación. Se ocupa de separar y esclarecer el pasado bárbaro y pagano, el lugar de la religión y el lugar de la historia, el lugar de la lengua

⁶² *Ibid.*, p. 169.

⁶³ Grimm, Jacob, *Deutsche Mythologie*, Gotinga, Dieterich, 1835.

⁶⁴ Grimm, Jacob & Wilhelm, *Lieder der alten Edda, aus der Handschrift herausgegeben und erklärt* [Cantos de la Antigua Edda, editados y explicados a partir del manuscrito], Berlin, Realschulbuchhandlung, 1815.

popular y el de su especialista. Que, por lo demás, cultiva una prosa extraordinaria, que sin alardes explota al máximo las posibilidades sintácticas de su lengua... y el posesivo, en este caso, se ve largamente justificado.

Así, es en la historia de la lengua y en el modo en que ella vive en los relatos populares que Grimm encuentra la esencia misma de la patria, tal como lo establecía junto a Wilhelm en el prólogo a las *Deutsche Sagen* de 1816, donde declaraban recomendar el libro a "los amantes de la poesía, la historia y la lengua alemanas",⁶⁵ y cuyo primer párrafo llevaba en el margen derecho la glosa aclaratoria "esencia de la leyenda":

Al hombre le es otorgado, por causa de su patria, un ángel bueno que, cuando sale a andar por la vida, lo escolta bajo la forma confiable de un compañero de viaje; quien no alcance a comprender todo el bien que así se le hace, lo sentirá al cruzar las fronteras de la tierra patria, donde aquel lo abandona. Esta compañía benéfica es el bien inagotable de los cuentos, las leyendas y la historia, que están situados uno junto a otro, y procuran uno tras otro acercarnos el tiempo que nos ha precedido [*die Vorzeit*] como un espíritu fresco y vivificante.⁶⁶

La investigación del pasado, en la trama común de la lengua y la leyenda, se realiza sin embargo desde el rigor que provee la autoridad filológica. Renan, que entendía de estos procedimientos, subrayaba en el prólogo a la rápida edición francesa de *Sobre el origen de la lengua* esta relación entre lengua, mitología, origen y comunidad en el tamiz del filólogo. "Con la profundidad de espíritu —dice— que hace abarcar los problemas en toda su complejidad, M. Grimm ha arribado a la mitología por el camino de la filología [*M. Grimm est arrivé*]

⁶⁵ Grimm, J. & W., *Deutsche Sagen*, ob. cit., p. xxiv.

⁶⁶ *Ibid.*, p. v.

par la philologie à la mythologie]”. No se trata sencillamente de la recolección del material folclórico como una forma más de poesía, sino de situarlo en el lugar que le corresponde, que es, por lo general, el del origen, que aparece como lo más notorio y venerable en la tradición que funda —la de la nación—, pero que al mismo tiempo allí, en esa temporalidad diversa, queda afuera, paralizado en el valor arqueológico que le atribuye aquel que en última instancia define desde su presente y sitio de enunciación el valor de la herencia. Prosigue Renan: “Las fábulas y las palabras han sido para él inseparables, y ha indagado su origen común en el espíritu mismo de la raza que las ha creado, en su modo de imaginar y de sentir, en sus instintos más antiguos y profundos”.⁶⁷ Y en esa trama se afana no solo en la búsqueda del árbol común indoeuropeo, indoario o indogermánico, sino en la de la dignidad histórica del pueblo de la nación alemana, el valor agregado de su tradición y su lengua. Es decir, que a la reivindicación de la lengua y la cultura del pueblo alemán que estaba al inicio de un derrotero marcado por el magisterio herderiano no se suma el saber filológico sencillamente como herramienta novedosa, sino que aparecerá como su condición misma de posibilidad. En primer lugar, el estudio de la lengua deviene ciencia al desprenderse de las formas clásicas de la filología y este desprendimiento se da como des-interés: la lingüística se hace ciencia cuando el estudio de la lengua deja de servir exclusivamente a otro interés, medio para un fin. En segundo lugar, el prestigio de esta ciencia da una renovada dignidad a su objeto en tanto lo hace reconocible.

El ensayo de Grimm describe el recorrido del colonialismo al nacionalismo con precisión al compararlo, cuándo no, con la labor del botánico que mira con nuevos ojos la flora circundante luego de haber conocido en tierras

⁶⁷ Renan, Ernest, prefacio a Grimm, Jacob, *De l'origine du langage*, Paris, Franck, 1858, pp. 1-2.

extrañas vegetación exótica. El descubrimiento del sánscrito y la hipótesis del indoeuropeo se producen a partir de la presencia británica en la India, pero los estudiosos que harían de la erudición filológica una ciencia del lenguaje lo descubren en París, como tantos monumentos del mundo colonial pueden encontrarse en los museos de Europa. Esa apropiación y traslado son percibidos como un rescate, un modo de lograr dar a la antigüedad oriental la lectura que merece y que aquellos que habitan las mismas tierras no son capaces hoy de realizar. “Europa salva del naufragio a la erudición india, árabe y persa”, explica Ascoli, subrayando cómo la sabiduría milenaria que corría peligro de extinción en esas tierras era impartida ahora con provecho y preservada en Oxford, París o Berlín.⁶⁸

En un texto fundacional como el de Schlegel⁶⁹ este tránsito se hace más claro, dado que es en las clases de Alexander Hamilton y con los manuscritos conservados en la entonces Biblioteca imperial de París que puede realizar los estudios en los que basará su libro y a ese aprendizaje llamará, en expresiva metáfora, botín, ganancia, beneficio (*Ausbeute*). Grimm realiza, entonces, la segunda parte de ese aprendizaje, en la cual luego de observar las peculiaridades de una lengua y cultura exóticas se vuelve una mirada renovada sobre los otros locales. Así como, en el examen de Errington, William “Oriental” Jones o Wilhelm von Humboldt podían devolver a las comunidades indias o javanesas su tradición más prestigiosa renovada en una interpretación autorizada que podía pretender para sí incluso fuerza de ley,⁷⁰ Grimm puede restituir a Alemania sus antepasados no ya como bárbaros salvajes, sino como sujetos de derecho y cultura,

⁶⁸ Ascoli, ob. cit., p. 42.

⁶⁹ Schlegel, Friedrich, *Über die Sprache und Weisheit der Indier. Ein Beitrag zur Begründung der Alterthumskunde*, [Sobre la lengua y sabiduría de los indios. Una contribución a la fundación de los estudios de la Antigüedad], Heidelberg, Mohr und Zimmer, 1808, p. iv.

⁷⁰ Errington, ob. cit., pp. 58, 67.

con una lengua dada a la poesía y una representación de la divinidad, algo así como un temor de Dios:

A partir de la comparación de las antiguas y más recientes y menos desdeñadas fuentes he procurado demostrar en otros libros que nuestros antepasados, remontándonos hasta el paganismo, no hablaban una lengua salvaje, áspera, carente de regla, sino una fina, elástica, proporcionada, que ya en las más tempranas épocas se había prestado a la poesía; que no vivían en horda confusa y dispersa, sino que antes bien cultivaban la costumbre vigorosamente floreciente de un derecho tradicional sensato en federación libre. Con los mismos y no otros medios quería también enseñar que sus corazones estaban llenos de fe en dios y los dioses, que su vida era animada y consolada por alegres y grandiosas, si bien incompletas, representaciones de seres superiores, lo mismo que por el regocijo en la victoria y el desprecio de la muerte, que su naturaleza y disposición lejos se encontraban de esa sombría postración ante ídolos o troncos, que —con una expresión desatinada— se ha dado en llamar fetichismo.⁷¹

Así como Humboldt o Jones debían separar la aparente barbarie o semibarbarie del presente del esplendor de la cultura pasada en el espacio colonial, hacia dentro de la nación Grimm procuraba reconocer en el pasado bárbaro las señas de una civilización propia, una personalidad o idiosincrasia legada por estos antepasados, que la habrían cultivado con sensatez y jovialidad en su lengua, sus leyes y su sentir religiosos. Grimm sabe, entonces, que está parado sobre el firme suelo que le ofrece una ciencia que él mismo

⁷¹ Grimm, Jacob, *Deutsche Mythologie*. Gotinga, Dieterich, 1835, p. iv.

ha fundado y que constituye una pieza fundamental en la concreción de lo que vislumbra como proceso histórico necesario: la afirmación política de la nación alemana. La historia de esa nación es la historia de su lengua, el alto alemán moderno es “el dialecto protestante”.⁷²

Renan, se ha visto, decía que Jacob Grimm había llegado a la mitología por vía de la filología. De igual modo, la historia de la lengua evoca el modelo del cual se emancipa. Se trata tanto de la fijación de un texto o corpus literario o legal en muchos casos, como del establecimiento de las formas (i) legítimas de la lengua. “Imágenes filológicas del pasado”, las ha llamado Errington,⁷³ observando cuánto del método filológico de fijación textual resulta traspuesto al paradigma de la lingüística histórico-comparativa en su diagramación del árbol genealógico del indoeuropeo. La *Ur-Sprache* conjetural, reconstruida a partir de los rasgos de las lenguas que descienden de ella, se establece de la misma forma que el *Ur-Text* de la filología tradicional: su contorno espectral es fijado y traído a la vida por la autoridad del *philologos*.

Finalizando el siglo, Hermann Paul y los neogramáticos, convencidos de que el único modo de acceso científico a la lengua era el histórico, reconocieron en Grimm un predecesor, aunque —señalan los historiadores de la disciplina— el concepto de historia de Grimm distaba largamente del positivista presente en la escuela finisecular, de acercamiento de informaciones objetivas de hecho, aunque sí es indudable “el cuidado del *certum* histórico, un ejemplo de lo cual lo constituye el cuidado filológico en la edición de textos como prerrequisito indispensable para una lingüística no fantasiosa”.⁷⁴

⁷² Grimm, Jacob, “Vorrede”, *Deutsche Grammatik*, 2a edición, Gütersloh, Bertelsmann, 1893, p. xi.

⁷³ Errington, Joseph, ob. cit., cap. 3.

⁷⁴ Ramat, Paolo, “Da Humboldt ai Neogrammatici. Continuità e fratture”, en De Mauro, Tullio & Lia Formigari (eds.), *Leibniz, Humboldt and the Age of Comparativism*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins, 1990, p. 205.

Una primera confusión que hay que alejar, en ese sentido, al leer este texto, es la que reside en la desconfianza que puede suscitar una preocupación aparentemente de otra era ante la división entre aquello que es del César o las ciencias y aquello que es de Dios, es decir, para Grimm, puro misterio irresoluble. *Sobre el origen de la lengua* contiene una intrincada y probablemente desconcertante discusión —si se considera al texto, como se propone desde el comienzo, especulación situada en el terreno firme de una ciencia ya consolidada— acerca del carácter creado o increado de la lengua humana. En efecto, lo mismo que Herder y Hamann en su momento, Grimm —ochenta años, una Revolución Francesa y tantos otros impulsos secularizadores después— se ve en la obligación de dirimir el problema del origen en la espinosa frontera de la ciencia y la religión. Y de demostrar que las ciencias del lenguaje están en condiciones de responder esa pregunta y —más importante aún—, que esta es de su competencia. Vimos ya cómo, pocos años después, la *Société Linguistique de Paris* podía prohibir desde el comienzo la materia por contraria a su programa científico. Sin embargo, la competencia de las ciencias del lenguaje sobre esta pregunta pudo asumir el lugar de una legitimación secular para el saber científico sobre la evolución. El arco que va de Herder a Grimm es recorrido asimismo por el lento y persistente avance de la secularización, que va restringiendo el alcance de la autoridad religiosa sobre las distintas formas del saber, lo cual no significa de todos modos que las elimine de la noche a la mañana. “Solo cuando la teología y la religión aflojaron el puño en el que encerraban la vida intelectual europea fue posible posar una mirada crítica sobre los mitos religiosos. Y es exactamente en esos momentos cuando emerge la cuestión del origen de la lengua”, señala Jürgen Trabant al retomar la historia de esta pregunta en nuestros días,⁷⁵ y el mismo Darwin señala en

⁷⁵ Trabant, Jürgen, “Introduction: new perspectives on an old academic question”, en Trabant, Jürgen & Sean Ward (eds.), *New Essays on the origin of language*, Berlin, De Gruyter, 2001, p. 6.

las ediciones sucesivas de *Sobre el origen de las especies*, tras su éxito al publicarse por primera vez en 1859, el estado de las creencias en el terreno de su propia ciencia antes de su intervención: “Hasta hace poco tiempo la gran mayoría de los naturalistas creía que las especies eran producciones inmutables y habían sido creadas separadamente”.⁷⁶ Esto explica que alguien como Jacob Grimm se viera aún en la necesidad de justificar el posicionamiento del relato bíblico en la serie de otras tradiciones mitológicas —que prepara con la cita al pasar de la burra de Balaam y ataca en su centro con el examen del mito babélico y el Génesis— o, aún con mayor peso en el ensayo, en la de discurrir acerca del carácter creado, increado, innato o producido de la lengua, o en torno a la improbable veracidad del relato bíblico de la creación en tanto y en cuanto, de haber comenzado la humanidad con una sola pareja, sus hijos deberían haber incurrido en la aberración del incesto. También explica el criterio que asume en la comparación de la competencia posible de las ciencias del lenguaje y las de la naturaleza sobre la pregunta por el origen, donde las primeras toman la ventaja decisiva al determinar el carácter histórico de su objeto. El estudio de las especies vivas no puede hacerse cargo de la pregunta por el origen, porque los seres vivos son seres creados por la mano de Dios y así como han sido creados permanecerán hasta el fin de los tiempos. Este estado predarwiniano del pensamiento hace sin embargo más notable la sustracción de la lengua a ese ámbito y la consecuente postulación de la superioridad científica de la lingüística: el lenguaje humano cambia, se metamorfosea y divide de acuerdo con patrones que podemos deducir en su constancia y que nos hablan del estado de civilización de los pueblos, pero pertenece a la historia, es invención humana y, por lo tanto, puede ser remontado a través de conjeturas

⁷⁶ Darwin, Charles, “An historical sketch of the recent progress of opinion on the origin of species”, *On the origin of species*, 5ª ed., London, John Murray, 1869, p. xv.

verificables hasta un origen que, si bien jamás se alcanza, siempre puede postularse en su proximidad.

Grimm, con su formación calvinista, debía dividir y conciliar el siglo y así lo interpreta una vez más Stroh, en su estudio prácticamente hagiográfico sobre el autor.⁷⁷ La ciencia no puede nada ante el temor de Dios y, por eso, debe sustraer su objeto de sus dominios. Y, como dice esa misma cita, son los bienes terrenales los que administran este saber y la lengua se acaba de convertir en uno de ellos: nuestra historia, nuestra herencia. Hay incluso una precisa reflexión sobre la condición de *patrimonio* de esta herencia de la lengua, que adquiere su mayor claridad en un texto más tardío. Antes se ha mencionado aquí el homenaje a Savigny, dedicado a la palabra de la propiedad o la posesión ("Das Wort des Besitzes"). Ahora bien, en una conferencia pronunciada también en la Academia en 1854, se ocupará de deslindar breve pero precisamente la relación de la comunidad hablante con su lengua en términos de propiedad.

La lengua se manifiesta como un bien común elemental [*wie ein elementarisches Gemeingut*], que en todas partes emerge y se abre camino y despedaza y solo de acuerdo a la necesidad y ocasión puede ser arrancado al suelo en que se apoya de manera más débil o fuerte. Un don tan íntimo y significativo, según su naturaleza, nos es otorgado en usufructo, más que como propiedad plena.⁷⁸

Aquí la lengua no es aún (como lo será una década después en Schleicher) organismo autónomo, independiente de la intervención del hablante, aunque tampoco es suya:

⁷⁷ Stroh, Friedrich, ob. cit., p. 88.

⁷⁸ Grimm, Jacob, "Über Etymologie und Sprachvergleichung", en *Kleinere Schriften* I, Berlin, Dümmler, p. 299.

esa relativa separación del dominio, el matiz trabajado en la relación de propiedad con la lengua hablan del delicado equilibrio entre su construcción como objeto científico y su capitalización como símbolo cultural.

El problema de la propiedad va en este caso de la mano del de una evolución que se comprende, muy cerca de Hegel —aunque hablara bajo la advocación de Schelling, hay un guiño en la cita apuntada en el *Handexemplar* aquí hecha nota al pie—, como momentos de superación dialéctica de la historia en clave de codificación gramatical: así, el esquema tipológico-evolutivo que va de la estructura analítica más extrema (todo morfema gramatical fue en un comienzo una pieza léxica diáfana) a la síntesis del latín clásico y encuentra su equilibrio en las lenguas indoeuropeas y particularmente en la avanzada imperial del inglés será el motivo de la objeción principal de Renan. En *De l'origine du langage*, este autor fundamenta su objeción a la tesis de Grimm de las tres etapas en la evolución del lenguaje humano precisamente en la exclusiva atención de este a las lenguas indoeuropeas.⁷⁹ En ese plano, una pregunta de naturaleza aparentemente tan general o universal como la pregunta por el origen de la lengua se orienta en sus proyecciones, sobre todo al final, tanto por la perspectiva eurocéntrica, como, en su interior, por la persistencia de la causa del nacionalismo alemán. De ese modo, ofrece como ejemplo de la validez de su modelación tipológico-evolutiva la "fuerza y vigor" de la lengua inglesa, fruto afortunado de la unión romano-germánica que da al mundo al poeta venerado por el Romanticismo, y que "parece, al igual que el pueblo inglés, destinada en el futuro a regir en una medida aún mayor en todos los confines de la tierra".

El optimismo colonialista de Grimm encuentra su confirmación y su reverso en la obra tardía de André Martinet,

⁷⁹ Renan, E., *Sur l'origine du langage*, Paris, Michel Lévy Frères, 1864, 4a ed., pp. 15-16.

quien —en algún modo, bastante mediado, en la huella de Herder— habla más de un siglo después de la concreción de ese destino como la “conquista del mundo por los pueblos de lenguas indoeuropeas que, hasta nuestros días, han ido por delante en la aplicación de ciertas superioridades técnicas al servicio de la violencia”.⁸⁰ Si ese camino de violencia, continúa Martinet, “comenzó con la subyugación de las poblaciones preexistentes, desde la India a Irlanda”, luego abarcará todos los avatares de las distintas etapas del imperialismo occidental, hasta el terror atómico y el napalm de Vietnam. Como ya lo había anticipado al comienzo, el fundamento histórico para el devenir ciencia del estudio del lenguaje había sido, como en el caso de la botánica, la expansión imperial, la exploración del Oriente que, entre otras cosas, había hecho posible el *descubrimiento* del sánscrito y la hipótesis del protoindoeuropeo. Ese camino es el de Alejandro, de Grecia a la India, que repite ahora, por nuevas rutas, la armada imperial británica. Su lengua, por lo tanto, llevará escrita en su estructura misma, en sus sonidos, la cifra de ese destino de síntesis universal: utopía que con razón podía resultar sospechosa a alguien como Gramsci.

Considerando el examen histórico de la lengua una función de la historia de los pueblos, con esta ponderación del inglés —cuya pronta recepción en Gran Bretaña consigna en nota al pie a las ediciones posteriores— contrastará la situación del alemán, lengua que aparece también como espejo del estado de la nación: “nuestra lengua alemana, que está desgarrada como nosotros lo estamos [...] debería primero sacudirse algunas lacras, antes de entrar intrépida a la carrera”. La unidad de los estados de Alemania, a cuyo sostén simbólico en una lengua y tradición comunes nadie hiciera un aporte más significativo que el de Grimm, permanecía fijada y recurrente en los momentos sensibles de

⁸⁰ Martinet, André, *De las estepas a los océanos. El indoeuropeo y los indoeuropeos*, Madrid, Gredos, 1997, p. 19.

su discurso. Así había podido aflorar en el descargo contra el rey y la universidad después del despido de Göttingen y destierro de Hannover, donde agrega esta a las infamias recapituladas:

Se ha destacado, por lo demás, incluso públicamente y de parte del gobierno, que los involucrados en la resistencia que debió experimentar, habrían sido principalmente supuestos extranjeros, es decir, no había ningún natural del reino de Hannover entre ellos. Un reproche profundamente hiriente, ingrato, que si pudiera ser válido solo podría tener el sentido de que entre intelectuales alemanes, entre los cuales siempre ha regido la libertad para elegir residencia y el sentimiento de unidad nacional alemana, el deslinde de los territorios individuales debiera generar divisiones.⁸¹

El de la lengua común es el espacio en que se despliega la historia y la historia es el ámbito en que se debate y llega a su concreción la libertad humana. Volviendo al argumento teológico, podemos observar cómo Grimm asume lo que constituiría un lugar común para el discurso positivista en distintas ramas de las humanidades —aunque sobre todo en los estudios lingüísticos—: la comparación con las ciencias naturales, aunque en este caso no para aproximarse a ellas y a la legitimidad de su objeto empírico y sus métodos de indagación, sino para afirmar, al contrario y en continuidad con la discusión teológica de marras, la mencionada prevalencia de la lingüística en cuanto a la indagación del origen:

El lingüista no necesita, pues, retirar la mano, sino que puede ir más lejos que el investigador de la naturaleza, puesto que él somete a su indagación una obra humana, basada

⁸¹ Grimm, J., *Über meine Entlassung*, ob. cit., p. 45.

en nuestra historia y libertad, llevada a cabo no súbita, sino paulatinamente, mientras por el contrario todos los seres creados desprovistos de libertad no conocen historia alguna, y hasta el día de hoy se comportan prácticamente de la misma forma en que nacieron de la mano del creador. Poco después, en 1863, hizo su aparición el que puede considerarse uno de los mojones fundamentales en el controvertido devenir ciencia de la lingüística, el punto quizás de su mayor proximidad a las ciencias naturales: la adopción del paradigma darwiniano para el estudio de la evolución del lenguaje. Este mojón se encuentra en *La teoría darwiniana y la lingüística* de August Schleicher, donde se explicaba justamente la importancia que ambas corrientes de investigación tenían la una para la otra. Grimm podía sostener que las ciencias del lenguaje aventajaban a las naturales en la indagación de la prehistoria humana justamente porque, al ser la lengua un producto del hombre y no un don innato o divino, podía revelar en su estructura la forma probable de su origen. Schleicher se dirigía en su escrito a los investigadores de las ciencias naturales, de los cuales esperaba

que tengan a bien tomar mayor noticia de las lenguas que hasta ahora. Y no pienso solamente en la investigación fisiológica de los sonidos de la lengua, que han hecho avances tan destacados en los últimos tiempos, sino también en la atención y dedicación a las diferencias lingüísticas en base a su significatividad para la historia natural del *Genus Homo*. ¿No deberían las diferencias lingüísticas ser útiles acaso como fundamento de un sistema natural de este género único en su forma? ¿No es la historia evolutiva de la lengua una página principal de la historia evolutiva del hombre?⁸²

⁸² Schleicher, August, *Die Darwinsche Theorie und die Sprachwissenschaft. Offenes Sendschreiben an Herrn Dr. Ernst Haeckel*, [La teoría de Darwin y la lingüística. Carta abierta al Sr. Dr. Ernst Haeckel], Weimar, Böhlau, 1863, p. 5.

El texto de Schleicher tiene la forma de una carta abierta a su colega y amigo Ernst Haeckel, joven profesor de zoología en Jena que había puesto en sus manos *On the Origin of Species* (más precisamente la traducción de Bronn, editada en 1860 en Bonn a partir de la segunda edición del libro de Darwin). El mismo Haeckel retomó el problema del origen del lenguaje como clave de bóveda de la evolución humana en un libro que, de acuerdo con Giorgio Agamben,⁸³ se convertiría en “una especie de evangelio del progresismo científico”, *Die Welträtsel* (Los enigmas del mundo), editado por la editorial Kröner de Stuttgart en 1899. Agamben subraya que el aporte fundamental de Haeckel en este sentido es el de la tesis del *Pithecanthropus alalus* o *sprachloser Urmensch* como solución a la pregunta por el eslabón perdido entre lo animal y lo humano, la cual “implicaba, sin embargo, algunas aporías de las que parecía no darse cuenta”. Fundamental entre ellas es la que supone pensar el lenguaje como elemento clave en el paso de lo animal a lo humano:

El paso del animal al hombre, a pesar del énfasis puesto en la anatomía comparada y en los hallazgos paleontológicos, era en realidad producido a través de la sustracción de un elemento que no tenía que ver con una cosa ni con la otra y que era presupuesto como característica de lo humano: el lenguaje.⁸⁴

La pregunta por el lugar del lenguaje en la demarcación de ese *limes* entre lo animal y lo humano —y las diferentes escalas de proximidad al estado salvaje que le siguen en los esquemas evolutivos diseñados sobre esa base— estaba ya presente en Herder y había sido retomada por Grimm.

⁸³ Agamben, Giorgio, *Lo abierto*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2006, p. 69.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 71.

Sobre el origen de la lengua ofrece algo más que una elucubración erudita cuyas conclusiones han perdido largamente toda vigencia pero que aún pueden decorar el museo de las ciencias humanas. El anacronismo, ha enseñado Didi-Huberman, más que solo un error de método o un infortunio teórico puede suponer una valiosa apertura de las disciplinas históricas, pensando para ello en el modelo de audacia filosófica y rigor filológico que en la época de Wölfflin y Warburg convirtió la historia del arte en disciplina piloto de las históricas.⁸⁵ La pregunta por el origen de la lengua constituye, probablemente, un ejemplo cabal del anacronismo hoy y estaba a punto de convertirse en uno en el momento en que Grimm pronunciaba su discurso. Sin embargo, ese discurso venía a poner un mojón en una historia que, siendo la de una especificidad, excede con creces su propio campo. En la lengua de un ensayo pensado para un público letrado no necesariamente compuesto tan solo por especialistas de la disciplina convocada en el discurso, traza el camino para la respuesta que una nueva época podía dar a una vieja pregunta. Este esbozo, hoy anacrónico —y quizás entonces también—, permite ganar una mirada más precisa sobre la compleja trama en la que el saber de la lengua se consolida en un terreno propio y observar a la vez cómo su historia interviene la de su objeto y se anuda en la larga trama moderna de la nación y el imperio... y qué de ella sobrevive en nuestros días. Como sus oyentes entonces, aunque no del mismo modo, podemos escuchar a Jacob Grimm, creyendo en principio que así aprenderemos algo de lo que su tiempo podía enseñar.

Sobre la traducción y esta edición

La Real Academia Prusiana de las Ciencias (*Königlich-Preussische Akademie der Wissenschaften*), fundada a comienzos

⁸⁵ Didi-Huberman, Georges, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2006, p. 50.

del siglo XVIII y cuyo primer director fue Gottfried Wilhelm Leibniz (quien por otra parte aparece para muchos como una figura precursora en la pregunta por el origen común de las lenguas de Europa⁸⁶), se caracterizaba por no dividir sus áreas de trabajo en diferentes sectores específicos, sino que se organizaba en grandes divisiones en las que especialistas de distintas áreas compartían el mismo espacio. A partir de 1830, tal división se daba en dos áreas o *clases*: la histórico-filosófica (*historisch-philosophische klasse*, como se ocupa de mentarla aquí Grimm al hablar de lo que Schelling podría haber dicho sobre el tema) y la físico-matemática, cada una con su boletín particular. En este último se publicó por primera vez *Über den Ursprung der Sprache* (Sobre el origen de la lengua), luego incluido en el primer volumen de los *Kleinere Schriften*, editados por Karl Mühlhoff en 1864. Anteriormente, se había publicado como libro independiente en la editorial de F. Dümmler de Berlín, al cual hemos podido acceder en su cuarta edición, de 1858, que no presenta diferencias notables con la de los *Kleinere Schriften*, que corresponde a su vez a la publicada cien años después en la editorial Insel de Frankfurt y que sirvió de base desde un comienzo para esta traducción. Estas últimas versiones contienen pequeñas correcciones al texto, provenientes casi todas de la mano de Grimm, así como la mayor parte de las notas, tomadas del ejemplar personal del autor. Las variantes más importantes tienen que ver con las notas que aquí se incorporan a pie de página, provenientes en su mayoría de las anotaciones del propio Grimm en su *Handexemplar* y, en algunas ocasiones, con aclaraciones del traductor. Se ha procurado asimismo reponer, en lo posible, las fuentes del aparato crítico citado, que remite a una biblioteca sobreentendida para el autor y su público, aunque quizás no tan obvia para nosotros, lectores ya bien distantes en el tiempo y el espacio.

⁸⁶ Véase Olender, Maurice, ob. cit., pp. 14-16.

Se han consultado, por supuesto y en la medida de lo posible, traducciones previas del texto, en este caso al inglés y al francés. Esta última, realizada por Fernand de Wegmann, es relativamente temprana y fue prologada por el propio Ernest Renan (Paris, A. Frank, 1859). La traducción inglesa es bastante más reciente (Leiden, Brill, 1984, por Raymond A. Wiley). El traductor se sorprende en las páginas introductorias de que haya pasado tanto tiempo hasta que esta se realizara y cabe dar crédito a su sorpresa —o mejor aún, congratularlo por el éxito de su intervención— si se observa la utilidad que ella ha tenido para estudios de la importancia de los de Bauman y Briggs o Errington aquí mencionados. La traducción más reciente de que he tenido noticia es la realizada al italiano por Tristan Weddigen, publicada en 2004 por la editorial Marinotti, con un prefacio de Giampiero Moretti y precedida por la traducción asimismo de las *Vorbemerkungen* de Schelling.⁸⁷

Entre corchetes se agrega en el texto la reproducción de términos o frases del original que se ha considerado pueden contribuir a un enriquecimiento de la lectura, incluyendo en ocasiones mínimas aclaraciones semánticas. En la reproducción de estos términos y frases se ha optado por respetar la ortografía de Jacob Grimm, que prefería desatender la regla que en alemán moderno prescribe la escritura de los sustantivos con mayúscula inicial.⁸⁸ Se señalan también entre corchetes las observaciones y notas de la traducción, tanto en el cuerpo del texto como en las notas a pie de página. Las notas añadidas por Grimm en el *Handexemplar* e incluidas en las ediciones posteriores del texto se señalan entre barras inclinadas en negrita.

Quisiera, por último, expresar mi agradecimiento a los responsables de esta colección, Daniel Link y Diego

⁸⁷ Grimm, Jacob y Friedrich Schelling, *Sull'origine del linguaggio*, al cuidado de Giampiero Moretti, traducción y notas de Tristan Weddigen, Milano, Marinotti, 2004.

⁸⁸ Véase al respecto Andresen, Karl Gustav, *Über die Sprache Jacob Grimms*, Leipzig, Teubner, 1869, p. 64.

Bentivegna, por haberse interesado y entusiasmado con este proyecto y a la editorial EDUNTREF que lo alberga. También quisiera agradecer a Graciela Goldchluk, que intuyó ese interés y me envió a buscarlo, además de leer con pericia y paciencia el estudio preliminar, y a Stefan Pfänder cuya ayuda en los últimos y decisivos ajustes de la traducción ha sido invaluable. Y, fundamentalmente, a las bondades del universo virtual, que hacen que uno pueda llevar adelante en su escritorio tareas que hubieran necesitado largos viajes y fatigas, sobre todo tratándose de materias cuyos lugares de archivación se encuentran al otro lado del océano. Google books y archive.org, fueron de una gran ayuda, entre otros sitios ocupados en dar accesibilidad a documentos antiguos y de improbable éxito masivo de ventas. Y, sobre todo, agradezco la pujante existencia de un proyecto público de archivo abierto a los lectores del mundo como la Deutsche Digitale Bibliothek (<https://www.deutsche-digitale-bibliothek.de/>), que hace posible el acceso a bibliotecas enteras, indispensables para aquellos que nos dedicamos a hurgar entre estos tantas veces tan vigentes trastos viejos de la cultura occidental.